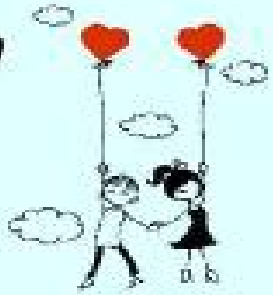
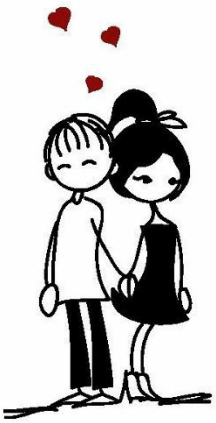
LA VIDA DE DANI



CHRISTIAN MARTINS



LA VIDA
DE
DANI

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN ABRIL 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

Lo malo del amor es que muchos lo confunden con la gastritis y, cuando se han curado de la indisposición, se encuentran con que se han casado.
Groucho Marx

Bienvenid@s a la intensa y desastrosa vida de Dani.
Espero que disfrutéis de este viaje y que, al final de él, podáis decir que os ha sacado más de una sonrisa.
Ya sé que me repito, pero gracias y mil gracias a mis chicas Martins. A todas; por estar ahí cada mañana e incluso cada domingo. No falláis nunca… Sois las mejores.
Y no me olvido de Vane y Ana. ¿Qué sería de nuestro grupo sin las mejores administradoras? Gracias por vuestro apoyo.
Me despido aquí y os dejo con las locuras de Daniela…
Nos vemos en la próxima,

Christian.

1
Unos kilos de más

Aquel día me desperté ansiosa, sin ganas de hacer nada y un poco abrumada. Odiaba los cambios. Nunca me habían gustado. Era parte de mi forma de ser y ya lo tenía asumido, pero eso no hacía que afrontarlos me resultara más sencillo.

Me hice la remolona y tardé más de una hora en salir de la cama. Después me di una ducha mucho más larga de la habitual y me arrastré hasta la cocina, aún en pijama, para poner la cafetera en marcha.

Revisé el teléfono móvil mientras mordisqueaba como una ratilla una galleta María y revisaba el menú semanal que tenía pegado en la puerta de un armario de la cocina. Tocaba comer ensalada y pescado blanco. Suspiré hondo y me dejé caer en una silla mientras contemplaba mi cocina con aire nostálgico. Eran las diez de la mañana y a las once había quedado con Guillermo y con la mujer de la inmobiliaria para ir a ver dos casas. Estábamos en el mes de junio y tan solamente faltaba un mes y medio para la boda, así que el tiempo se nos empezaba a echar encima. Guillermo y yo no vivíamos juntos; habíamos decidido mudarnos a nuestro nuevo hogar en común después de casarnos, así que llevábamos más de tres meses buscando — sin resultado — una casa que pudiera transformarse en nuestro nidito de amor.

El teléfono móvil empezó a sonar. Miré la pantalla con un nudo en el estómago — seguro que Guillermo me llamaba para meterme prisa — que se deshizo de forma automática cuando vi el nombre de Lucía — mi mejor amiga — en la pantalla.

— Buenos días — saludé procurando parecer tranquila y despreocupada.

— ¿Cómo se ha despertado hoy mi rubia favorita? — murmuró con vocecilla cantarina.

Sonreí.

— Bien, bien. ¿Y tú, qué?

— Yo genial… — respondió con cierto entusiasmo —. ¿Has visto el email que te he mandado?

— Me acabo de despertar — mentí —, no me ha dado tiempo a revisar el email. ¿Qué me has mandado?

A pesar de no estar viendo a mi amiga, podía intuir su enorme sonrisa desde el otro lado de la línea.

— Venga, míralo y dime algo, ¿vale? No quiero estropearte la sorpresa — canturreó —. Por cierto, ¿has quedado con Guille?

Guillermo odiaba que le llamasen "Guille", pero Lucía se empeñaba en continuar dirigiéndose a él por el diminutivo. Mi amiga decía que los nombres completos sólo debían utilizarse cuando uno se enfadaba y quería aparentar seriedad.

— Sí, tenemos dos visitas con la inmobiliaria — expliqué —, a ver si esta vez hay suerte.

— Dani, querida… — murmuró Lucía —, no va a haber suerte si sigues sacándole pegas a todo.

— ¡No le saco pegas a todo! — me quejé, terminando de roer la galleta.

Estaba muerta de hambre, pero había engordado dos malditos kilos y la boda cada vez estaba más cerca. Había tenido que sustituir la "operación bikini" por otra de mayor magnitud. La había denominado "operación tormenta del desierto" — o lo que era igual: morir de hambre —.

— Sí lo haces — contraatacó —. ¡La casa de la semana pasada no te gustaba porque tenía unas escaleritas en la entrada! — exclamó, imitando mi voz de forma exagerada —. Y la anterior la descartaste porque el desván no era perfectamente cuadrado… ¡El desván!

Suspiré.
Sí, Lucía tenía razón… Pero si pensaba dejar mi pequeño apartamento necesitaba estar segura de dónde me metía. Además, íbamos a comprar la casa, no a alquilarla. ¿Acaso no era un paso importante?

— Ahí no podía meter ningún mueble… ¡Había una columna en medio y parecía una habitación triangular!

— Dani… ¿Te recuerdo que estás hablando del desván?

— Sí, pero…

— ¿Qué muebles pretendes meter en un desván?

Vale, debía admitir que quizás lo había exagerado un poquito.

— La casa en general no me gustaba — concluí, dejando claro que aquel comentario no admitía objeción — , y no voy a comprar una casa que no me convence.

Me serví una taza de café mientras escuchaba a Lu trastear al otro lado de la línea.

— Bueno, mejor no digo nada, pero… A veces me da la sensación de que estás intentando posponer demasiado el tema de irte a vivir con tu marido.

— Es mi prometido, no mi marido — puntualicé justo en el instante en el que el timbre de mi casa comenzaba a sonar — , te dejo. Tengo visita, Lu.

— ¡Mira el email y llámame! — exclamó antes de cortar la llamada.

Me levanté y me arrastré con desgana hasta la entrada. Levanté el telefonillo del portal y, por la pantalla de la cámara, vi a mi madre esperando a que le abriera la puerta. Revisé el reloj de mi muñeca: eran las diez y veinte, lo que significaba que tenía menos de media hora para vestirme, maquillarme y salir de casa. Le abrí a regañadientes, esperando que quisiera lo que quisiese, no me entretuviera demasiado.

— Daniela — saludó antes de darme dos sonoros besos en cada mejilla y de esquivarme para pasar al interior.

— Hola, mamá…

Mi madre, tan perfecta y bien peinada como siempre, dejó su carísimo bolso sobre la isla de la cocina y tomó asiento junto a la mesa donde descansaba mi taza de café. La cogió y observó su contenido con un gesto de repugnancia.

— Daniela… ¿Estás bebiendo café?

El tono de su voz me indicaba que mi comportamiento no le agradaba. ¿Qué diablos le pasaba ahora a mi madre con el café? Cada día encontraba algo nuevo que le desagradaba.

— Eso parece, sí — respondí, arrancándole la taza de la mano y dándole un largo sorbo — , ¿qué le pasa al café? Dicen que es antioxidante.

Leticia, es decir, mi queridísima madre, sacudió la cabeza a modo de desesperación.

— Amarillea los dientes y te casas en menos de dos meses, Daniela…

— Me haré un blanqueamiento antes de la boda, tranquila — mentí, pensando que quizás aquello podría calmarla.

— Bien, vale… — admitió, aunque su tono seguía evidenciando que lo del café no le gustaba en absoluto — . ¿Y por qué no estás vestida? Hemos quedado con Guillermo y su madre en menos de… — miró el reloj — , ¡en menos de media hora!

¿Así que también vendría mi madre y mi suegra? ¡Genial!

La miré con expresión de asombro.

— ¿Quién os ha invitado?

— ¿Quién crees? — preguntó con retintín — . Guillermo, por supuesto.

¿Pero qué diablos se le pasaba a ese hombre por la cabeza?
Si ir a mirar casas ya era agobiante, hacerlo con tu suegra y tu madre al lado se podía convertir en una verdadera tortura.

— Iré a prepararme — murmuré, dejando a mi madre sola.

Supuse que mientras me vestía aprovecharía para fisgarme en los cajones y en la nevera. Leticia tenía una verdadera obsesión por controlarlo todo, sobre todo si se trataba de mí. Le gustaba saber cuándo salía, cuándo estaba en casa, qué comía, qué bebía, qué marcas de ropa compraba, cuándo iba a la peluquería o cuándo salía a tomar algo con Lu. Lucía y mi madre no se llevaban demasiado bien, pero con los años habían terminado aceptándose la una a la otra. Lucía y yo habíamos estudiado juntas y éramos inseparables desde el instituto, así que mi madre había tenido tiempo de sobra para concienciarse respecto a nuestra amistad.

La razón por la que no le caía bien a mi madre era muy simple. Según ella, Lucía era "una hippy con chalet". Al principio no era capaz de comprender aquella expresión, pero la verdad es que su trasfondo era bien sencillo. La familia de Lucía tenía muchísimo dinero porque su padre, un empresario que provenía de familia humilde, había pegado el pelotazo y se había forrado. Pero mi madre, que de anticuada y estirada tenía un rato, seguía pensando que sus raíces no pertenecían a una familia de bien — ¡y eso que el patrimonio de los padres de Lucía cuadriplicaba el de mi familia! — . Además, Lu era una auténtica locuela que no tenía vergüenza ni se dejaba guiar por absurdos protocolos; así que, sí, mi amiga era una hippy con chalet. Y sus padres fabulosos, ¿por qué no decirlo? A veces enviaba su suerte por tener una familia tan divertida y comprensiva.

Salí del baño cuando estuve lista. Me había puesto un vestido hasta las rodillas y unas sandalias con muy poquito tacón para aguantar el día. Me había maquillado superficialmente y, como peinarme me daba pereza, decidí recogerme el pelo en un moño alto que siempre me daba un *look* sofisticado.

Encontré a mi madre con las manos en la masa. Sobresaltada, me miró con ojitos de corderito degollado y me acerqué hasta donde estaba para ver qué estaba haciendo con el menú que había pegado en la puerta del armario.

— Mamá… — murmuré, llevándome una mano a la cabeza — . ¿Qué diablos haces?

— Daniela, querida…, es que la boda está muy cerca y te estás poniendo como una cerdita.

Puse los ojos en blanco y la aparté a un lado para ver qué había hecho. Los miércoles me tocaba comer patatas a la riojana con veinticinco gramos de chorizo, pero mi madre había garabateado los veinticinco gramos de chorizo y encima había escrito "patatas viudas". Los jueves, que debía comer para cenar una tortilla de patata (con patata cocida, claro), también lo había garabateado y sustituido por un tazón de cereales con leche desnatada.

— Esto me lo ha hecho la nutricionista — le recriminé de malos modos.

— Pero la nutricionista no te conoce como yo — señaló mientras sonreía con satisfacción — . Hazle caso a tu madre y deja de protestar por todo…

— ¿Y esperas matarme de hambre?

Mi madre sonrió con autosuficiencia.

— De pasar hambre no estás, precisamente — contestó con malicia — . Venga, vámonos que Ágata acaba de llamar para avisarme que ya están abajo.

Resignada, asentí y decidí dejar estar el tema.
Discutir algunas cosas con mi querida madre podía derivar a perder los papeles y terminar totalmente desquiciada.

2
Hijos

Guillermo y Ágata nos esperaban esquinados en el garaje de mi edificio. Nos subimos al coche y nos saludamos todos con una cortesía comedida. Cuando nuestras madres estaban delante, Guillermo y yo intentábamos mantener las distancias y un trato correcto para que no se escandalizasen. Sí, eran tal para cual. Las dos igual de estiradas, anticuadas e insoportables, aunque mi novio jamás admitiría semejantes adjetivos en referencia a su mamá — hacia la mía, puede — . Lo más gracioso de todo esto es que mi madre y mi suegra no se aguantaban. ¿Curioso, verdad? Más aún teniendo en cuenta que eran dos gotas de agua.

Llegamos al punto de encuentro en el que habíamos quedado en encontrarnos con la chica de la inmobiliaria y nos bajamos del coche para esperarla. La pobre mujer llegaba tarde, así que tendría que escuchar carros y carretas de las dos señoras que habían decidido acompañarnos.

— ¿Por qué les has pedido que vengan, cariño? — susurré en su oreja mientras le abrazaba por la espalda.

Guillermo se rió, incómodo por la cercanía, y se apartó levemente de mí.

— Creo que nos podrían ser de ayuda — respondió antes de besarme en la frente — . ¿Has descansado? Tienes mala cara.

— He pasado mala noche…, una pesadilla.

— Cuando vivamos juntos cuidaré de ti — me dijo con una sonrisa.

Le devolví el gesto y entrelacé mis dedos con los suyos. Agarrarnos de la mano era una de las pocas cosas con las que nuestras familias no se escandalizaban. Los besitos y arrumacos estaban prohibidos y si había lengua de por medio podía suponer peligro de infarto para las “doñas”.

La agente llegó diez minutos tarde y, para mi sorpresa, ambas señoras controlaron su lengua venenosa y evitaron hacer ningún comentario al respecto. Al parecer mi madre había tenido suficiente con garabatearme el menú. Caminamos por la urbanización hasta llegar a la casa que se vendía. La verdad es que la primera impresión fue perfecta: tres plantas, fachada como nueva y mucho jardín. Leticia y Ágata se dedicaron una sonrisa cómplice y asintieron en silencio.
Pasamos al interior y la agente comenzó la visita, mostrándonos la casa planta por planta. El sótano era un garaje con una pequeña sala de juegos, la planta principal contaba con un gran salón comedor, una cocina y un baño, la planta alta tenía cuatro habitaciones y tres baños (uno incorporado al dormitorio principal). A priori la casa no estaba nada mal.

— Creo que es perfecta — sentenció Ágata con una sonrisa de oreja a oreja.

— Estoy de acuerdo contigo — señaló mi madre.

Guillermo me lanzó una mirada entusiasta.

— ¿Qué opinas?

Supe de inmediato porqué mi prometido había invitado a nuestras madres: quería presionarme para que me decidiera con rapidez.

— Pues… — dudé —, no sé. Tiene demasiado jardín — comenté, mirando por la ventana —. Habrá que cuidarlo y estoy segura de que casi no le daremos uso… Será un despilfarro innecesario de dinero.

— ¡Daniela, por favor! — exclamó mi suegra con indignación —. ¡Espero que no hables en serio!

La miré espantada. Estaba claro que no me permitirían ser demasiado crítica.

— Hija, ¿de verdad estás pensando en el dinero?

Sacudí la cabeza antes de resoplar.

— Es que veo innecesario el tener que mantener un jardín tan grande si no vamos a darle ningún uso.

Guillermo se acercó hasta mí con una sonrisa conciliadora.

— Nuestros hijos se encargarán de darle un buen uso, ya verás… A mí, personalmente, me encanta — anunció, feliz — . Creo que este podría ser un buen hogar para nuestra familia.

"Hijos".
La palabra consiguió hacer mella en mí y provocarme un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza. ¿Eso era lo que se esperaba de nosotros? Casarnos, irnos a vivir juntos y tener hijos. Sentí que empezaba a hiperventilar y necesité sentarme en un sillón del dormitorio. ¿Por qué me sentía tan abrumada? Quería casarme con Guillermo, sí, pero… ¿Comprar una casa? ¿No era un paso demasiado grande? Supongo que la boda, para mí, era un mero trámite que hacía a nuestras familias felices. Un papel que se podía hacer y deshacer con una llamada a un abogado, nada más. Una formalidad. Pero comprar una casa significaba algo en común, algo de lo que uno no podía deshacerse a la ligera.

— ¿Qué te ocurre, cariño? — preguntó Guillermo, arrodillándose frente a mí.

Vi por el rabillo del ojo que mi madre y mi suegra nos dejaban a solas, entregándonos una pizca de intimidad.

— Nada, es que…

Él me sujetó ambas manos y yo levanté la mirada hacia él. Sonreí. ¡Qué guapo era! Rubio, ojos azules, sonrisa de anuncio, facciones perfectas… Guillermo era el hombre perfecto. Nunca levantaba la voz, jamás perdía los papeles, siempre estaba dispuesto a ayudar, era trabajador, tenía dinero y buen gusto para vestir. Por un instante, al mirarle, tuve la sensación de que debía de estar perdiendo la cabeza si dudaba seriamente sobre mi compromiso con él. ¿Le quería? Sí, claro que le quería. Entonces, ¿a qué tenía tanto miedo?

— ¿No quieres casarte conmigo?

— ¡No, no! — exclamé con rapidez, arrepentida por mi comportamiento tan infantil — . Te aseguro que no tiene nada que ver con eso…

Todo se reducía a mi terrible miedo a los cambios.
No importaba si el cambio era bueno o malo, el simple hecho de que fuera a producirse ya me causaba pesadillas, dolor de cabeza, ansiedad y malestar general. Siempre me había pasado. Ocurrió cuando pasé del instituto a la

universidad y ocurrió cuando dejé la gran casa de mis padres, en las afueras, para mudarme a un pequeño apartamento en Madrid. Ése era el problema real: la boda no suponía un cambio (o al menos no tangible), pero comprar la casa…

— Entonces, ¿qué ocurre? — inquirió de forma cariñosa mientras me acariciaba la mejilla.

Resoplé, abatida.
Estaba siendo el centro de atención, así que seguramente mi madre habría repudiado ese comportamiento en mí. Según ella, yo debía de comportarme como una mujer de la alta sociedad — lo que a mi parecer significaba algo así como ser una mujer estúpida y sin personalidad — . Protestar, discutir o dar mi opinión no formaba parte de una mujer de tal clase. Mi vida debía de ser cuadriculada y no dejar ningún margen al error… Pensé que quizás todas esas enseñanzas habían sido las causantes a mi repentina fobia hacia los cambios.

— No pasa nada — admití, dibujando una breve sonrisa — , la verdad es que la casa me encanta. Es preciosa. Y la urbanización tiene mucha seguridad, hay piscina… Aunque en ese jardín podríamos poner una privada para nosotros.

— ¿Quieres poner una piscina en el jardín? — se rió Guillermo — , me parece perfecto, cariño.

Me dio un beso en la frente y salimos al salón, donde mi madre y mi suegra ya estaban reunidas con la chica de la inmobiliaria.

— ¿Entonces? — inquirió Ágata.

— ¿Ya te has decidido, cielito? — preguntó Leticia.

Suspiré profundamente y me recordé a mí misma que no debía dejar que mi parte irracional y cobarde ganase la batalla.

— Sí — anuncié con poca convicción — , nos la quedamos.

— ¡Estupendo, estupendo! — aplaudió Ágata.

— ¡Es perfecta! — secundó mi madre.

— Creo que en esta casa seremos muy felices — concluyó Guillermo.

Yo sonreí como una tonta sin saber qué más añadir.

Quedamos en reunirnos con la chica de la inmobiliaria para arreglar el papeleo al día siguiente. Nos sugirió que pusiéramos una fecha para realizar un contrato de arras, pero mi suegra, escandalizada, dijo que directamente acudiríamos al notario con nuestro asesor financiero. No hubo más que discutir.

Nos subimos en el coche. Yo me senté delante, junto a Guillermo, y las dos señoras detrás. Todos parloteaban sin cesar sobre lo bonita que era la casa y lo felices que seríamos en ella. Mi madre comentó algo sobre el tema de la decoración y Ágata respondió que su decorador personal se encargaría del asunto. Al parecer Leticia no estaba de acuerdo, pero por no amargarnos aquel día, cedió. Ya discutiría aquellos detalles llegado el momento.
Mientras ellos hablaban animadamente, yo solamente tenía una palabra revotando contra las paredes de mi cráneo incesantemente: hijos.

— ¿Te apetece que cenemos juntos esta noche, cariño?

Miré a Guillermo.
Estaba guapísimo con aquel jersey en pico que dejaba entrever un polito blanco debajo. Le sonreí.

— No, esta noche no puedo. He quedado Lu.

— ¿Vas a cenar con Lucía? — intervino mi madre de malos modos desde la parte de atrás.

— Otra vez con esa pordiosera… — matizó mi suegra.

Miré a Guillermo, le dediqué una sonrisa de disculpa y me encogí en mi asiento. Estaba siendo un día espantoso y lo único que anhelaba era una copa de champán y a Lucía diciendo alguna de sus tonterías para distraerme. Seguro que ella sabía cómo hacer que me animase.

3
La fiesta

El timbre sonó a las nueve y diez de la noche.
Lucía llegaba más de una hora tarde, pero es que para ella los horarios no existían. Mi madre, desde muy pequeñita, me había enseñado lo mal que estaba hacer esperar a otra persona, así que, con el paso de los años, había terminado desarrollando una obsesión muy seria con la puntualidad — obsesión que a Lu no parecía contagiársele — .

— Hola, nena — saludó antes de envolverme en un cálido abrazo.

Lucía era lo más parecido a una hermana que tenía.
Habíamos estudiado juntas y éramos inseparables desde que tenía memoria para recordar, así que no era capaz de concebir la vida sin ella. Éramos totalmente diferentes, como la noche y el día, pero eso hacía que encajásemos a las mil maravillas. Yo era el orden, Lucía era el caos. Yo era la ansiedad, Lucía la — absoluta — tranquilidad. Nada ni nadie conseguía alterarla. Yo era la perfección, Lucía el desorden.

— Hola — murmuré con voz cansada, dejándome caer sobre ella.

Nos tiramos en el sofá, pasé las piernas por encima de su regazo y resoplé.

— ¿Tu madre y tu suegra han vuelto a amargarte la existencia?

Asentí.
Supuse que aquella explicación era válida.

— ¿Y el tema de la casa? ¿Qué tal ha ido hoy?

— Ya tenemos casa — anuncié con poco entusiasmo, como si la noticia no fuera precisamente buena.

— ¡Oh, Dani! ¡Eso es genial! — exclamó, zarandeándome un pie con

entusiasmo — . ¡El repollo y tú ya tenéis nidito de amor!

— ¿El repollo? — repetí, levantándome del sofá para coger dos copas.

— Sabes que es un repollo…

— En realidad, Lu, no sé a qué te refieres con eso.

— Guille es un repollo… Soso y aburrido, como un repollo.

Puse los ojos en blanco mientras rellenaba las copas de *Moet & Chandon* y volvía a sentarme.

— Eso no tiene ni pies ni cabeza.

— ¿Has leído mi email? — preguntó, incorporándose levemente para beber.

Sonreí al pensar que iba hecha un auténtico adefesio.

— ¿Qué llevas puesto? — pregunté, fijándome en su ropa y en su cabello alborotado.

Había estado tan concentrada en mí misma que ni siquiera me había percatado. Lucía llevaba sus indomables rizos pelirrojos sueltos, alborotados y hechos una maraña. Vestía un peto vaquero desgastado y un top que dejaba a la vista el tatuaje de la mariposa alzando el vuelo que se había hecho en la adolescencia.

— Es *vintage* — señaló — , el problema es que no estás a la moda.

Solté una carcajada descomunal.

— Estás loca — aseguré, pensando que en mi vida sería incapaz de salir a la calle con semejante aspecto.

¿Qué pensaría Guillermo si me viera así vestida? Seguramente se escandalizaría, pensaría que sufro algún tipo de brote psicótico y llamaría a mi madre para internarme en un psiquiátrico de por vida.

— ¿Pero has visto mi email o no? — volvió a preguntar, justo antes de propinarme una patada con su pie descalzo.

Estuve a punto de derramar la copa sobre mi carísimo sofá de piel, pero al final conseguí mantener la compostura.

— No, no he tenido tiempo de mirarlo… — confesé, mirándola con carita de niña buena en busca de su perdón.

Sabía muy bien que cuando Lu se obsesionaba con algo nada conseguía sacárselo de la cabeza. Y ese email, fuera lo que fuese, parecía su nueva obsesión.

— Toma — murmuró, deslizando su teléfono móvil hacia mí — . Léelo.

El asunto del email no tenía desperdicio: "fiesta sesentera". Continué leyendo la parrafada de forma superficial, saltándome los datos carentes de importancia — como que los asistentes estaban obligados a emborracharse y que habría setas alucinógenas para degustar — . Había invitado al curso con el que nos graduamos a la fiesta, a la generación de 1990.

— ¿Has organizado una segunda fiesta de fin de curso?

— ¡Pero esta vez todos tendrán que ir vestidos como en los sesenta! — exclamó, divertida, dando palmaditas.

— ¿A quién has invitado?

Lucía puso los ojos en blanco.

— A todos.

— ¿A todos? — repetí.

— A Carolina — dijo, inflando los mofletes de forma exagerada — , a Carla… — añadió, poniéndose las manos en la cara en forma de gafas — …, a todos. Será divertido recordar viejos tiempos.

— No sé, Lu…

Ella se escurrió por el sofá y se colocó detrás de mí antes de comenzar a masajearme los hombros.

— Si te preocupa Álvaro… — comenzó. Tragué saliva, expectante — ,

puedes estar tranquila. No vendrá.

Solté todo el aire de mis pulmones. No me había dado cuenta, pero había estado conteniendo la respiración.

— No es que me preocupe pero… Prefiero no tener que verle. Ya sabes que la cosa no terminó precisamente bien.

Lucía detuvo el masaje para coger su teléfono y yo protesté. Unos segundos después me lo pasó.
En la pantalla se leía claramente la respuesta de Álvaro. Álvaro Gallardo. Me volví a quedar sin respiración y no fui consciente de que, de forma involuntaria, estaba memorizando su dirección de email. Sacudí la cabeza y lo borré de mi disco duro de forma inmediata.
"Lo siento, Lucía, pero no podré asistir. Espero que disfrutéis de la fiesta". Una respuesta seria, escueta y directa.

— ¿Ves? Puedes estar tranquila que no tendrás que verle.

— ¿Sabes algo de él? — pregunté pensativa mientras le pasaba el teléfono de vuelta — . No es que me interese, pero…

Lucía me miró de reojo.

— No, no sé nada de él. Si quieres le puedo preguntar a Al…

— No, no. Era curiosidad, nada más — sentencié — . Álvaro es un capítulo cerrado de mi vida, pero teniendo en cuenta cómo terminó todo… Sería extraño volvernos a ver, ¿verdad?

Mi amiga se encogió de hombros pero, en vez de responder, empezó a contarme cómo había planificado la fiesta. Se celebraría en el caserón de sus padres — llevaban un mes en la India y Lu tenía la propiedad a su entera disposición — y montaría una carpa enorme en el jardín.

— Así que esta semana tenemos que ir de compras — me explicó emocionada como una niña pequeña — . Voy a convertirte en una auténtica chica pin-up.

Puse los ojos en blanco.
Lucía tenía demasiado tiempo libre, sí.

— ¿Pin-up? ¿Por qué tengo la sensación de que esa fiesta no terminará bien?

Lu, con cara de niña traviesa, se mordió el labio inferior.

— Va a ser genial — respondió, recordándome a esa chica quinceañera que en su día solamente pensaba en fiestas y en divertirse.

4
Noche “loca”

La ducha me sentó de maravilla.
Cuánto más se acercaba la fecha en la que escrituraríamos la casa, más me costaba dormir. Había decidido que, al menos durante diez minutos al día, intentaría calmarme, relajarme y hacerme ver a mí misma que aquella decisión no era ni precipitada ni difícil de asumir. Era un cambio positivo, claro.
El problema era que la ansiedad no mejoraba, si no que comenzaba a empeorar. Además, ¿hacía cuánto tiempo que no conseguía dormir una noche del tirón? Demasiado. Me sequé superficialmente el cabello con la toalla y contemplé la imagen que me devolvía el espejo. Tenía ojeras y me habían empezado a salir marcas rojizas en la piel — seguramente por el estrés — .

— Madre mía… — dije, acercándome aún más al cristal para inspeccionar un grano que se dejaba ver de forma disimulada en mi frente.

Estaba horrible.

Necesité varias capas de maquillaje y una buena dosis de rímel y pintalabios para que mi aspecto fuera, simplemente, presentable. Abrí el armario y contemplé mis prendas con poca decisión. Al final cogí un vestido negro de manga larga y largura media y me puse unas sandalias plateadas para darle algo de color. Aquella noche había quedado para cenar con Guillermo y celebrar que ya teníamos un futuro hogar. Además, claro, era miércoles. Y todos los miércoles, cada dos semanas, hacíamos el amor. A Lucía le parecía muy frío y calculador, pero yo estaba contenta con aquel hábito que, sin necesidad de discusión, habíamos adquirido de forma rutinaria. Cada dos miércoles me aseguraba de depilarme concienzudamente y de estar preparada para él.
También sin hablarlo, habíamos cogido la costumbre de saltear el lugar en el que pasaríamos la noche: un miércoles en su casa, otro en la mía — y así

sucesivamente —. Aquella noche tocaba en su casa, de manera que me apresuré a preparar un neceser con todos los bártulos de supervivencia. Desmaquillante, crema hidratante, más maquillaje y en una bolsa de viaje preparé la muda y la ropa que me pondría al día siguiente para volver a casa. Me decidí por unos vaqueros y un jersey de punto muy finito.

Escuché el teléfono móvil sonando en la cocina y me apresuré a contestar la llamada. Era mi prometido.

— Estoy abajo.

— Dame un minuto.

Miré el reloj.
Llegaba muy pronto, pero yo ya estaba lista. Repasé la imagen que me devolvía el espejo y, después de darme el visto bueno, cogí la bolsa de viaje y mi bolsito de mano y abandoné mi hogar.

Guillermo me estaba esperando en el *Audi*, esquinado junto al portal de mi casa. Estaba guapísimo, como de costumbre. Se había puesto una camisa de lino blanca que llevaba remangada por los codos y unos pantalones chinos de color beige que le sentaban de maravilla. Era una mezcla de estilo informal y formal que, en mi más sincera opinión, le quedaba muy sexi.

De camino al restaurante recibí una llamada de Lucía para aclarar la hora a la que habíamos quedado al día siguiente. Decidí, para no andar con prisas, que lo mejor era encontrarnos en el piso de Guillermo a las diez de la mañana. De esa manera podría descansar, dormir y estar lista para la última prueba del vestido sin necesidad de madrugar.

Dejamos el coche en el parking del establecimiento. Era la primera vez que acudíamos a ese restaurante. En los últimos meses su fama se había disparado y las colas de espera eran eternas, pero un amigo de Guillermo, que le debía un favor, nos había conseguido una mesa.

Pasamos al interior y nos sentaron en una mesa del fondo. Pedimos una botella de vino blanco pero, antes de que pudiéramos escoger nada de la carta, el teléfono móvil de Guillermo comenzó a sonar y tuvo que atender la llamada —era del trabajo, claro—. Al final, para no marear más al camarero,

optamos por un menú degustación y nos dejamos recomendar por el personal.

— ¿Estás nerviosa? — inquirió mi futuro marido con una sonrisa.

— ¿Debería estarlo?

"Mi futuro marido", pensé. Sonaba realmente mal.
Me pregunté si no era demasiado joven para estar casada, a fin cuentas, tan solamente tenía veintiocho años y el matrimonio era algo que cada vez se posponía más.

— No lo sé… Casarte, comprarte una casa nueva… — tanteó — , creo que puedes sufrir un poco de nervios pre-boda.

— ¿Nervios pre-boda? — repetí, divertida, fingiendo normalidad. En realidad estaba sufriendo una taquicardia pre-boda — . ¿De dónde has sacado esa invención?

— He visto contigo "Novia a la fuga" al menos veinte veces… Sé de lo que hablo.

— Sólo aceptas verla porque estás enamorado de Julia Roberts, así que no intentes engañarme, señorito — bromeé.

Guillermo estiró el brazo sobre la mesa y sujetó mi mano. En ese instante el metre acudió a la mesa para encender una pequeña vela que dejó en una esquina, junto a un florero, así que nos quedamos en silencio hasta recuperar la intimidad.

— Tú eres la única mujer de la que estoy enamorado — aseguró, mirándome muy fijamente a los ojos — . Y todo lo que deseo en esta vida es casarme contigo y ser feliz a tu lado.

Sentí que mi corazón se derretía al escucharle decir aquello. Guillermo no solía ser demasiado romántico, pero debía de admitir que, en ocasiones, sabía cómo hacer vibrar las cuerdas de mi corazoncito.

— ¿E hijos? — escupí de forma brusca — . ¿Quieres hijos?

La sorpresa de su rostro me dejó claro que había estado esperando un "y yo a ti", no eso. Aún así, después del shock inicial, recuperó la compostura y

dibujó una sonrisa.

— Claro que quiero hijos — aseguró — . Me gustaría tener tres.

¡Oh, por Dios!
¿Tres hijos? ¿Por qué nunca antes habíamos tocado ese tema de conversación?
Agobiada retiré la mano que me sujetaba y procuré mantener la calma. Tres hijos era lo mismo que tres embarazos; estrías, kilos, etc.

— ¿Y cuándo te gustaría tener al primero?

Quizás no era el lugar más idóneo para hablar de aquello, pero… Desde que lo comentó en la casa no había sido capaz de sacármelo de la cabeza. Necesitaba aclarar ciertas cosas para quedarme tranquila.

Guillermo soltó una risita.

— Esta conversación tenía que llegar tarde o temprano, ¿no? — me dijo con una sonrisa tierna que no sabía muy bien cómo interpretar — . La verdad es que esperaba comentarlo en casa, tranquilos, con una copa de champán…

— Aquí también estamos muy tranquilos — señalé con ansiedad, esperando que su respuesta no se hiciera de rogar — . ¿Cuándo te gustaría tener hijos? ¿Pronto? ¿En unos años? ¿Tal vez dos?

¡Dos años!
¿Estaba preparada para ser madre a los treinta? Uf, no. “Demasiado joven”, pensé. Comprar una casa con tu futuro marido era un gran cambio y un paso gigantesco, pero lo de tener hijos estaba a otro nivel.

— Pues me gustaría empezar a internarlo a partir de la luna de miel.

— ¿Intentar el qué? — pregunté, sin comprender a qué se refería.

— Intentar tener un hijo. Que te quedes embarazada… — explicó antes de beber un sorbo de su copa — . Ya tendremos nuestra casa y nuestra vida organizada, así que me parece el momento idóneo…

Guillermo me miró muy fijamente, esperando una respuesta.
Abrí la boca pero, en lugar de decir nada, solté un gritito agudo que me hizo parecer estúpida y absurda al mismo tiempo. Cerré la boca temiendo que, de

continuar abierta, el "gritito" se transformase en algo todavía peor. Me esforcé por dibujar una sonrisa despreocupada y en volver a recobrar la imagen de una señorita de bien.

— ¿Daniela?

— Es que… ¿No será demasiado pronto?

Guillermo abrió la palma de su mano sobre la mesa para que yo colocase la mía encima. Temblorosa, lo hice. ¿Cómo narices habíamos esperado tanto tiempo para tener esa conversación? Sentí que me costaba respirar.

— Creo que hemos hecho las cosas a su debido tiempo, Daniela. Ya sabes que yo soy un hombre muy tradicional.

— Lo sé — acerté a decir.

Justo en ese instante el metre nos trajo los entrantes a compartir y Guillermo se interesó por cada bocadito del plato. Les escuchaba hablar de fondo mientras mi cabeza daba vueltas y más vueltas. Temí que en algún momento comenzara a hacerlo de forma literal y necesitasen un cura para exorcizarme. ¿Empezar a buscar un bebé después de la luna de miel? ¡Dios santo! ¡Era una locura! Yo… Yo no sabía cómo cambiar un pañal, ni hacer que dejasen de llorar, ¡ni siquiera cómo cogerles en brazos! Y las tetas… ¿Estaba preparada para que mis tetas se hinchasen, se llenasen de leche y que un ser diminuto las succionase hasta dejarlas caídas, sin forma y feas? ¡Claro que no estaba preparada! ¡Yo aún era muy joven para ser madre!
Pensé en Lucía; tan loca, tan feliz, tan alegre… Tenía veintiocho años pero de espíritu seguía aparentando los veinte o los dieciocho. Estaba convencida de que Lucía, en un futuro, sería una madre estupenda, sí. Pero para que ese momento llegase aún faltaban seis o siete años. Aún era pronto.
¿Y para mí? ¿Era pronto para mí? Yo no era como Lu. Era formal, recta, responsable, educada, comedida, me iba a casar y estaba a punto de comprarme la casa de mis sueños con mi futuro marido. ¿Había llegado el momento de ser madre para mí?

Recuperé la atención de Guillermo cuando el metre se marchó, pero el momento había expirado y el tema "bebés" no volvió a salir a la luz. Aún así

yo no conseguí dejar de pensar en él durante toda la cena. ¿Y si me quedaba embarazada de mellizos? ¡O peor aún, trillizos!
Tenía la sensación de que mi prometido iba a insistir con el asunto y de que dejarlo de lado no iba a ser tan sencillo.

Compartimos un *brownie* de chocolate de postre y nos marchamos a casa de Guillermo sobre las doce de la medianoche.

Mi chico tenía un buen piso en una de las zonas más caras de Madrid. Era una de esas antiguas urbanizaciones que aún tenía un portero para subirte las bolsas y recogerte la basura de la puerta. Pasamos al interior y, agotada, me dejé caer en el sofá. Cerré los ojos mientras escuchaba a Guillermo encender luces y ponerse cómodo. ¿Cuál había sido el periodo más largo en el que Guillermo y yo habíamos convivido? Me costaba recordarlo. Quizás en aquellas vacaciones a Cuba, donde pasamos doce días juntos en un resort de cinco estrellas super lujoso. ¿Contaba? La verdad es que las recuerdo como unas vacaciones maravillosas; sin discusiones, con largos paseos por la playa y atardeceres con vistas al mar Caribe. Recordé que, en alguna ocasión, Lu me había dicho que los pasos en el noviazgo eran los siguientes: escapada corta, vacaciones largas, vivir juntos, boda, comprar casa, comprar perro, tener hijos. No sé si tenía razón o no — seguramente lo habría sacado de alguna película, porque a ella los novios no le duraban más de tres horas. Y eso si tenían aguante —, pero nosotros no seguíamos ese orden. Nosotros nos habíamos saltado la escapada corta, nos íbamos a saltar lo de vivir juntos y, de paso, también lo de comprar un perro. ¿No íbamos demasiado rápido?, me pregunté, masajeándome las sienes aún con los ojos cerrados. Me dije a mí misma que la siguiente vez que saliese el tema "bebés" de por medio dejaría caer que me gustaban los perros. Claro que me gustaban. Los que eran pequeños y se parecían a un peluche me parecían preciosos…

— Daniela… — me dijo Guillermo sentándose a mi lado — . ¿Me vas a decir qué te pasa?

Sacudí la cabeza en señal de negación y me esforcé por sonreír.

— Me duele un poco la cabeza y estoy cansada.

Él me acarició la mejilla y tiró de mi brazo para tumbarme sobre su regazo.

Comenzó a hacerme caricias en el cuero cabelludo y, poco a poco, fui relajándome. Sí, lo mejor era no pensar demasiado en eso. Estaba convencida de que conseguiría solucionar las cosas con buen pie, pasito a pasito. Lo primero de todo era sobrevivir a la boda, el resto ya llegaría. Sentí su mano acariciándome el cuello y me estremecí, recordando que aquel era nuestro miércoles "especial". Me mordí el labio y me incorporé un poco para quedar a su altura. Sonreí y él me devolvió la sonrisa mientras yo deslizaba mi mano a través de su nuca. Me acerqué a su rostro y, tras humedecerme los labios, los posé sobre los suyos.

— ¿Estás mejor? ¿Te duele menos?

— Sí… — ronroneé, poniéndome tontita.

— Venga, pues vámonos a dormir. Seguro que si duermes del tirón se te pasa.

Guillermo me apartó con delicadeza y se levantó del sofá. Me quedé sentada donde estaba, boquiabierta y sin comprender qué era lo que había pasado. ¿Qué significaba aquello? ¿No habría… sexo?

Le perseguí hasta la habitación y lo vi poniéndose el pijama de dormir —Guillermo tenía un pijama largo para andar por la casa y un pijama corto que únicamente utilizaba para dormir— . Suspiré hondo. Podría insistir e intentar seducirle pero…, ¿sería esa una actitud digna de una señorita de bien? No, por supuesto. Guillermo esperaba una mujer seria con la que compartir su vida y no una niña que se llevaba un berrinche porque se había quedado sin su polvo quincenal. "Polvo quincenal", repetí mentalmente. ¡Dios, sonaba fatal!

Me escabullí al interior del baño, me desmaquillé, me lavé la cara y los dientes y me puse el pijama. Fui consciente de que a pesar del tiempo que llevábamos juntos aún no tenía cosas mías en casa de Guillermo; ni siquiera un mísero cepillo de dientes. ¿Por qué no?

Salí del baño y me encontré con la habitación sumida en las sombras de la oscuridad. Guillermo había dejado la pequeña lamparita led de su mesilla encendida, pero tan solamente servía para iluminar la zona de la almohada. Me acerqué hasta allí y me metí bajo la colcha.

— Buenas noches, cariño — susurró antes de besarme en la mejilla.

— Buenas noches — respondí, acariciándole el antebrazo.

Me tumbé en la cama y cerré los ojos.
Sentí que Guillermo apagaba la luz y se giraba hacia su esquina para colocarse en posición fetal. Yo, bocarriba, abrí los ojos y suspiré profundamente mientras intentaba apagar el interruptor que desconectaba la maquinaria de mi cabeza y no pensar más. Pero fui incapaz. Tenía demasiadas preocupaciones rumiando en mi cerebelo.

— Guillermo… — murmuré en voz baja.

— ¿Mmm?

Era imposible que estuviera dormido.
Nadie, ni siquiera Lu que tenía un super-poder para conciliar el sueño a la velocidad de la luz, era capaz de hacerlo con tanta rapidez.

— Me preguntaba si podría dejar algunas cosas en tu casa… Por comodidad — señalé — , ya sabes, algo de ropa y un cepillo de dientes.

Él no respondió.

— ¿Guillermo? — insistí.

— Es tarde, cariño, ¿por qué no lo hablamos mañana?

— Es solamente una pregunta, nada más…

Se revolvió bajo las sábanas hasta sacar el brazo y encender el botón de la luz.

— ¿Qué ocurre?

— Nada, es que sería mucho más cómodo si pudiera…

Él sonrió y se acercó hasta mí para besarme fugazmente en los labios.

— En unos meses estaremos instalados en nuestro nuevo hogar, así que mejor que no le des más vueltas al asunto y que te preocupes por organizar la mudanza en tu casa. Duérmete, Daniela.

Apagó la luz, volvió a girarse hacia la esquina y, sin decirme nada más, cerró

los ojos. Yo, incrédula, aún seguía intentando asimilar que su respuesta había sido un rotundo no.

5
Prueba de vestido

— ¡Ay, Guille, buenos días!

La voz de Lucía me llegaba hasta el baño. Apagué el chorro de la ducha y, destemplada, me envolví en la toalla. Miré el reloj de mi teléfono y comprobé que mi amiga llegaba antes de lo previsto. Lo último que me apetecía era que mi prometido y mi mejor amiga tuvieran un enfrentamiento, así que me apresuré a secarme y a vestirme. Me maquillé muy superficialmente y me recogí el pelo en una cola de caballo mientras escuchaba las primeras pullas de Guillermo desde el otro lado.

— ¿De qué se supone que vas disfrazada, Lucía?

— Si vieras un poquito más la tele lo sabrías, Guille. Pero supongo que incluso eso es demasiado vulgar para ti.

Salí del lavabo de forma brusca y apresurada y corrí al salón.

— ¡Buenos días!

— Buenos días, nena — me devolvió el saludo Lucía mientras mi prometido me lanzaba una mirada suplicante sinónimo de: ¡llévatela de mi casa! — le estoy intentando explicar a tu querido esposo que los pantalones campana vuelven a estar de moda.

Puse los ojos en blanco, recogí mi bolso del sofá y agarré a Lucía por el brazo.

— Ya se lo explicarás en otro momento, vámonos o llegaremos tarde — dije, tirando de ella para arrastrarla a la salida.

Madrid nos regaló un día soleado y espectacular, cosa que agradecí. No me encontraba demasiado bien y el mal tiempo solía contribuir a que mi estado anímico empeorase notoriamente.

— ¿Se puede saber qué te pasa con tu señor esposo? — preguntó Lu con una sonrisa pícara.

— No es mi esposo — corregí — , se te olvida que aún no estamos casados.

Ella se encogió de hombros.

— Bueno, es como si lo estuvierais — contestó — . Y no me has respondido. ¿Qué te pasa con él?

La miré sin entender muy bien a qué se refería.

— No me pasa nada.

— ¡Oh, no intentes engañarme, Dani! — exclamó — , ¡ni siquiera le has dado un beso de despedida!

Me quedé pensándolo.
Sí, tenía razón. Pero no era algo que hubiera hecho premeditadamente, sino que me había salido despedirme de aquella manera. La noche, a decir verdad, no había sido la que esperada. Ni una cena agradable — la conversación sobre los bebés logró desquiciarme — , ni una noche de sexo y… Bueno, supuse que de forma involuntaria aún seguía dolida porque no me hubiera permitido dejar en su apartamento algunos bártulos de emergencia. Intenté no darle importancia y pensar que lo decía por mi bien; la mudanza cada vez estaba más cerca y resultaba más práctico continuar como habíamos estado hasta entonces. Empaquetar de forma separada nuestras pertenencias contribuiría a una mejor organización. Pero… Sí, me había sentado mal. Fatal. Como una buena patada en el estómago. La parte más lógica de mi cabeza me decía que Guillermo tenía razón, pero la otra parte, la *conspiranoica*, me decía al oído cosas malas. ¿Y si… a ese piso solían subir más mujeres? ¿Y si… tenía una amante secreta?

— ¿Dani?

— No ha sido nada, ni siquiera me he dado cuenta — mentí con descaro — ,

estaba demasiado ocupada en sacarte arrastras de ahí antes de que empezasen a volar los cuchillos.

Sentí que empezaba a sudar y me quité el jersey mientras caminaba, pero al hacerlo me invadió una oleada de frío y volví a ponérmelo. Los nervios me estaban pasando factura: granos, escalofríos, ojeras por la falta de sueño…

Llegamos a la tienda de vestidos y pasamos al interior. Ya tenía el mío escogido pero aún seguía dudando con un segundo, así que aquel día esperaba que Lu me ayudase a solventar mis dudas. Pasamos al interior y la dependienta acomodó a mi amiga en un sofá junto a una mesita con pastas, café y té.

— ¿Y champán? — preguntó Lucía con una sonrisa traviesa.

Puse los ojos en blanco.
¿Cómo podía ingerir alcohol a aquellas tempranas horas de la mañana?

— Veré qué puedo hacer — respondió con una encantadora sonrisa la dependienta, desapareciendo de nuestro campo de visión.

Mientras me colocaban el primer vestido — mi favorito — y Lucía se tomaba sus copichuelas de champán sin dejar de devorar las pastas, aparecieron mi madre y mi suegra. Le lanzaron a Lucía una mirada mordaz de desaprobación y se acomodaron en los pufs laterales para no tener que compartir asiento con ella. Con los nervios y el estrés incluso había olvidado que ambas acudirían a la última prueba del traje de novia.

— Daniela, querida, ¿cómo vas?

Le lancé una mirada a la mujer que me estaba atando el vestido.

— Sólo un par de segunditos y estarás lista — me dijo, guiñándome un ojo.

Cuando terminó me giré sobre mí misma para mirarme en el espejo. El vestido de palabra de honor era impresionante, sencillo y muy elegante a su vez. Salí de detrás del biombo con una sonrisa anclada en el semblante y me planté frente a mis espectadoras a la espera de una sincera opinión.

— ¡Guaaau! — exclamó Lucía con la boca abierta, dejando caer al suelo la galleta que tenía en su mano — . ¡Pareces una princesa, nena!

Ágata se levantó de su asiento y se acercó a mí con paso lento y comedido mientras me inspeccionaba de arriba abajo con detenimiento.

— ¿Os gusta? — pregunté, obviamente dirigiéndome a mi madre y a mi suegra.

A Lucía le había enamorado, claro.

Me cogí la coleta y la enrosqué para que quedase lo más similar posible a un moño y di una vuelta sobre mí misma.

— Un recogido, una diadema bonita y… ¡*Voilá*!

Ágata se plantó frente a mí y, con el ceño fruncido, sonrió. Respiré hondo, consciente de que de un momento a otro llegaría a mí la avalancha de críticas que todavía no había emitido.

— Verás… — dijo, sujetando el escote de palabra de honor con ambas manos y tirando de él hacia arriba — , me parece un poco excesivo. Se te ve todo.

¿Todo? Pero si no se me veía absolutamente nada.

— Tienes razón — corroboró mi madre — . Puede que ahora se lleven estos vestidos tan… atrevidos — continuó — , pero opino que deberías centrarte en algo más tradicional.

— ¿Queréis que se vista de monja el día de su boda? — soltó Lu, incapaz de contener una risotada.

— Leticia, querida, ¿no habías seleccionado unos cuántos vestidos? — preguntó Ágata, ignorando los comentarios de mi amiga — . ¿Por qué no los traes para que se los pruebe? — propuso, dirigiéndose a la empleada de la tienda.

— ¡Y más champán, por favor! — gritó Lu, sonriente, sabiendo que de aquella manera crisparía un poco más los nervios de las dos señoras.

La chica asintió y desapareció de la estancia, dejándonos a solas por primera vez.

Volví a mirarme en el espejo y pensé que Lucía tenía razón: parecía una

princesa de cuento. El vestido era precioso. Lancé una mirada al segundo vestido que tenía seleccionado y pensé que tampoco estaba nada mal, pero que seguía prefiriendo el que llevaba puesto en esos instantes.

La empleada regresó con una bandeja con tres copas de champán y otro platito con pasteles. Los dejó en la mesa frente a Lucía mientras ésta saltaba en risotadas.

— No, no, estas señoras de aquí son demasiado rectas como para beber champán a las once de la mañana — dijo, señalando las tres copas.

— ¿Quiere que las retire?

Ágata frunció el ceño, malhumorada.

— Por favor — pidió con una sonrisa falsa mi madre.

— ¡No, no! — exclamó Lu, sujetando la bandeja — , ya me encargo yo de ellas. Estoy segura de que podré salir de aquí sin hacer eses — bromeó.

La dependienta asintió con educación y abandonó de nuevo la sala.
Unos instantes después, regresó a la estancia con un perchero móvil lleno de trajes enfundados.

— ¿Va a probárselos todos?

No supe qué contestar.
En realidad, ya tenía claro cuál de todos quería. Ni más ni menos que el que llevaba puesto en aquellos instantes. Pero mi madre, que parecía muy emocionada dando palmaditas, asintió y yo no pude decir que no. ¿Perdía algo probándome aquellos vestidos? Supuse que no me costaba mucho hacerla feliz y ceder.

Me probé el primero de los trajes y sentí que había retrocedido en el tiempo hasta aquellos maravillosos sesenta. Estaba convencida de que podía ir así vestida a la fiesta de mi amiga y pasar desapercibida totalmente.

— Estás preciosa — señaló mi madre mientras yo lanzaba una mirada horrorizada a la imagen que me devolvía el espejo.

Volví a sentir aquella sensación de calor y frío a la vez y me envolví con mis

propios brazos. El vestido era terrible, con muchos volantes y bordados, de manga larga y de cuello redondo — lo bastante alto para no dejar ver carne — .

— ¿Podemos pasar al siguiente? — pregunté espantada mientras Lucía se ahogaba en un repentino ataque de risa.

Los siguientes trajes fueron iguales o peores que el primero, pero tanto a Ágata como a Leticia parecían encantarles. Por la cara desencajada de la empleada pude intuir que a ella tampoco le agradaba aquel estilo tan clásico al que mi madre y mi suegra querían someterme. Empecé a sudar, agobiada, mientras Lucía pedía su séptima copita de champán. Me morí de envidia y pensé que con un par de copitas podría sobrellevar más fácilmente el momento, pero me mordí la lengua y no pedí nada para no empeorar la situación. Bastante susto se estaban llevando las señoras con Lucía como para que yo contribuyera al escándalo.

El último vestido fue el peor de todos. En realidad, estaba compuesto de una falda y un corsé de manga larga y cuello alto que tenía un dobladillo de encaje. La dependienta me pidió que cogiera aire y contuviera la respiración para poder abotonarme el corsé y yo, mareada, asentí. Cuando pude volver a respirar sentí que llevar encima aquel traje y estar en el infierno debían de ser situaciones bastante similares.

— ¡Precioso, precioso! — exclamó Ágata.

— Estás impresionante, querida — señaló Leticia.

Lucía, horrorizada, dejó de reírse.
Como broma había tenido un pase, pero el panorama había dejado de resultarle gracioso. ¿De verdad podían estar hablando en serio?

— Dani… Te estás poniendo morada.

Miré a mi amiga con cara de pocos amigos y susurré un "mátame, por favor". Ágata se acercó hasta mí y me dio la vuelta para que pudiera verme en el espejo.

— ¡Creo que ya tenemos vestido! — gritó eufórica.

Mi madre aplaudió emocionada.

— No… Yo no creo que… — comencé, pero la situación comenzaba a sobrepasarme y ni siquiera sabía qué decir en defensa de mi precioso traje de cuento de hadas.

¿De verdad pretendían que el día de mi boda fuera así vestida?

— Querida, Guillermo es muy tradicional y yo, que soy su madre, puedo asegurarte de que con este vestido estarás a su altura — dijo Ágata.

"¿Por qué diablos había permitido que vinieran?", pensé, hiperventilando. Cerré los ojos un momento, intentando relajarme.

— Este es el vestido, sí, señora — añadió mi madre — . Piensa que, después, para el banquete, podrás escoger otro vestido más… más moderno. Pero yo creo que éste es ideal para la ceremonia en la iglesia.

— Totalmente.

Lu, que no decía nada, sufrió un repentino ataque de tos. No lo dijo en voz alta, pero mientras luchaba por no morir asfixiada con un pedazo de pastel, estuvo convencida de que aquella pantomima había estado orquestada con antelación. Las señoras habían armado una verdadera encerrona para que yo llevase el vestido que a ellas se les antojaba. Me miró y no supo si contestar, salir en mi defensa o quedarse callada y seguir bebiendo champán. Supuso que cualquiera de las opciones era mala.

— Me estoy mareando… — susurré en voz baja.

¿De verdad me iban a obligar a casarme con aquel… vestido? Si es que se le podía llamar así. Suficiente me estaba costando hacerme a la idea de que iba a casarme como para que además no tuviera ni voz ni voto en el acto. Ágata había escogido la iglesia, mi madre el restaurante y el menú. Según ellas, el vestido y la tarta serían mi elección… Pero ya no estaba muy segura de nada.

— Dani… ¿Estás bien? — preguntó mi amiga, levantándose de su asiento.

Intenté responder que no, pero antes de poder decir nada, todo a mi alrededor comenzó a nublarse y sentí cómo mis piernas me fallaban y me desplomaba en

el suelo.

6
Lolita

Después de un horrible viaje en ambulancia — con mi madre y mi suegra gritando a los pobres asistentes sanitarios —, tres horas en un hospital y varios litros de sangre menos, regresé a mi casa. Me había desmayado por el estrés, pero además tenía fiebre y debía de estar pasando algún proceso vírico. Nada grave si me tomaba la próxima semana con tranquilidad y evitaba sobresaltos. Como trabajaba en la empresa de mi padre, no tuve problemas en cogerme la baja. Además, mi padre contaba con que aquella semana la dedicase única y exclusivamente a los preparativos de la boda y no contaba con mi asistencia.

El timbre de mi apartamento sonó y Lucía se acercó para abrir al repartidor. Había pedido sushi para cenar — aunque yo tendría que conformarme con una sopa y una pastilla de antibiótico —.

— Dime, por favor, que no permitirás que te disfracen el día de tu boda — me dijo mi amiga, dejándose caer a mi lado en el sofá. Solté un gruñido mientras ella ponía la mano sobre mi frente y fruncía el ceño —. No, no hay fiebre — concluyó con una sonrisa.

Me fiaba poco de las mediciones de mi amiga, pero tampoco iba a cambiar nada hubiese o no fiebre.

— No sé qué voy a hacer… — respondí decaída.

Boda, casa… Todo sonaba demasiado serio y...

— Dani, ¿puedo hacerte una pregunta?

La miré muy fijamente, asustada. Cuando Lucía se ponía seria uno siempre debía asustarse.

— No sé — volví a responder — , depende. ¿Qué pregunta?

Ella se rió.

— Sé sincera, ¿vale? — guardó silencio unos instantes antes de continuar — . ¿De verdad quieres casarte?

— Es lo correcto.

— ¿Pero es lo que quieres? — repitió, mordiéndose el labio inferior.

— Sé que Guillermo no te cae muy bien, pero…

— No, no — me cortó sin dejarme continuar — . No tiene nada que ver con Guillermo. Sí, tienes razón, me cae fatal. Pero terminaría aceptándole si viera que te hace feliz… El problema es que no lo veo.

Sonreí y me acurruqué juntándome más a ella.

— Me hace feliz — respondí.

Me quedé en silencio y sopesé si mi respuesta era sincera.
Sí, sí lo era. Guillermo me hacía infinitamente feliz. Era el hombre con el que siempre había soñado: alto, guapo, elegante, de buena familia, con dinero, respetuoso, con un buen puesto de trabajo y… quería comprometerse conmigo. ¿Acaso podía ser más perfecto? En realidad sabía muy bien que aquella última temporada la que no se estaba comportando debidamente era yo. El agobio, el estrés y mi fobia a los cambios me estaban pasando factura. Estaba convencida de que mi relación se veía afectada por el humor taciturno que tenía aquellos últimos días.

— ¿Estás segura?

— Segurísima. Guillermo es perfecto, Lu… Pero ya sabes que los cambios me dan miedo.

— Y estos cambios son muy, muy grandes.

— Exacto — respondí.

Lucía sonrió con alevosía.

— La fiesta sesentera te vendrá bien — aseguró con una risita pícara —. Volver a ver a los panolis de clase será divertido — me dijo con malicia —. Además, necesitas involucrarte en algo que te distraiga y que no gire en torno a tu vida.

Lo pensé unos instantes.
No es que una fiesta sesentera con mis compañeros de instituto fuera lo que más me apeteciera, pero supuse que serviría a modo de distracción.

— ¿Y cómo se supone que vestía la gente en los sesenta?

— Minifaldas, pantalones campana, flores, color… — explicó con aire soñador —, los sesenta fueron la mejor época.

La miré fijamente.

— Creo que necesito ir de compras.

Lu soltó una risotada y, de acuerdo con mi afirmación, asintió.

Hablamos hasta tarde y nos levantamos más tarde aún. Lucía, que era ingeniera industrial, trabajaba para una importante empresa aeronáutica que le permitía llevar algunas tareas desde la calidez de su propio hogar. De esa forma ella podía tomarse la libertad de organizar sus horarios como quisiera. En defensa de mi desastrosa amiga diré que nunca jamás de los jamases se había retrasado con una fecha de entrega, aunque casi siempre enviaba los archivos en el último minuto. Según sus propias palabras trabajaba mucho mejor bajo presión.

Aunque aquel día no parecía tener fiebre y me encontraba mucho mejor, tomé mi siguiente dosis de antibiótico sin rechistar, me di una ducha, me vestí decentemente y me marché con Lucía a desayunar a una cafetería del centro que llevaba tiempo estando de moda.

Tomamos café y una torta light de aguacate antes de dirigirnos a Gran Vía para arrasar con las tiendas. Fue una mañana agotadora pero, al final, mereció la pena. Lucía se compró unos pantalones campana de color negro y un top de flores que dejaba su pirsin del ombligo al descubierto. La verdad es que a pesar de los años mi amiga seguía teniendo un cuerpo de escándalo que, en

conjunto con sus rizos pelirrojos, la hacían parecer exótica y le daban un aire muy tentador. Yo decidí comprarme una minifalda azul de lunares blancos y una blusa roja que combiné con unos preciosos zapatos de charol. Eché un vistazo a mi vestimenta y supe de inmediato que, sin lugar a dudas, ni mi madre ni mi querida suegra habrían aprobado mi asistencia a aquella fiesta. Pero no me importó. Necesitaba desconectar y distraerme antes de perder la cabeza por completo.

— Así vestida pareces una chica pin-up — me dijo Lucía guiñándome un ojo de forma sensual — . Qué pena que Álvaro no vaya a venir a la fiesta…

— ¿Una chica qué?

— Una lolita — especificó mientras cogía mi falda y me la arremangaba aún más.

Prácticamente se me veían las bragas.

— -¿Crees que debería buscar otro conjunto?

Lucía negó rotundamente y me empujó al vestuario para que me cambiase.

— Serás la más sexy de nuestra quinta — aseguró con vocecilla traviesa.

Mientras me cambiaba de ropa no pude evitar pensar en él. En Álvaro. Prácticamente casi nunca me acordaba de él, pero aquellos últimos días su nombre estaba saliendo a la luz demasiado. Cerré los ojos e intenté recordar cuál fue la verdadera razón de mi ruptura con él. Es curioso que, incluso hoy en día, siga sin saberlo. En aquel entonces tampoco tuve una respuesta sincera.

7
¡Sorpresa!

Era la tercera copa que nos tomábamos y, debo admitir, ya estaba un poco piripi. No estaba acostumbrada a beber con el estómago vacío ni de llevar el mismo ritmo de ingesta que mi querida Lu.

— ¡Ya estás lista!

Me levanté del asiento y me acerqué a un espejo para comprobar el resultado.

— ¿Qué te parece? — preguntó con expectación.

Ni siquiera supe qué responder.
Mi peinado me recordaba bastante al de Bimba, de los Picapiedra. Al menos mi traje no era blanco y la pelirroja seguía siendo Lu. Me atusé el tupé intentando aplastarlo un poco, pero llevaba tanta laca que no se movió ni un centímetro.

— ¡Lo vas a estropear, Dani! — se quejó, sujetándome por los brazos para inmovilizarme.

— Supongo que servirá — respondí, encogiéndome de hombros en el mismo instante en el que mi teléfono móvil comenzaba a silbar por algún rincón de la habitación.

Me apresuré a revolver los cojines en su busca, sin resultado. La habitación estaba hecha un verdadero desastre — como solía ser habitual en casa de Lucía — y encontrar algo en aquel lugar era imposible.

— ¿Sí?

Miré a Lu, que se había llevado mi teléfono móvil a la oreja para responder la llamada. Puse los ojos en blanco y estiré en brazo con la palma abierta para

pedirle que me lo devolviera.

— No, no puede ponerse, Guille… — dijo con una sonrisa traviesa — , ahora mismo está vomitando en el baño. Esto es una fiesta de graduación y, ya sabes… Las chicas buenas siempre se desmadran, vomitan y se bajan las bragas con el primero de turno.

Abrí los ojos como platos y, espantada, me lancé sobre Lucía para arrancarle el teléfono de la mano.

— ¿Cariño? — pregunté con la respiración entrecortada.

— Tu amiga no tiene ni pizca de gracia, deberías decírselo — murmuró malhumorado — , a ver si así deja de comportarse como una cría y madura de una vez.

— Ya, tienes razón… Se lo diré — le dije, apartándome a una esquina para hablar con un poco de privacidad — , ya sabes cómo es.

Escuché a Guillermo suspirar desde el otro lado de la línea.

— ¿Estás bien, cielo? — preguntó cambiando de tema — , ¿te has acordado de tomar la medicación?

— Sí, tranquilo — aseguré.

— ¿Has comprobado si tienes fiebre? Ya sé que no quieres quedar mal con… Lucía — concluyó, esforzándose por no faltarla al respeto — , pero debes de tener en cuenta que lo primero siempre tiene que ser tu salud.

— Lo sé, tranquilo… Estoy bien — aseguré.

— Y no bebas — me recordó. Yo miré la copa que tenía sujeta en la mano y tragué saliva — . Ya sabes que mezclar medicamentos con alcohol no suele ser buena idea.

— Tranquilo, no voy a beber.

Lucía soltó una risotada que, con total seguridad, Guillermo escuchó al otro lado de la línea.

— Daniela, intenta se responsable y no dejarte llevar por ella, ¿vale? No suele ser una buena influencia y mañana tenemos la prueba de la tarta… Espero que esa maldita fiesta no te pase factura y que termines con cuarenta de fiebre en el hospital.

— Cariño, de verdad, estoy bien — repetí con voz dulce — , y si veo que me encuentro mal me marcharé de la misma. No te preocupes por mí y descansa… Solamente será una reunión informal de viejos compañeros.

Guillermo volvió a resoplar.

— Vale, bueno… Llámame si necesitas algo.

— Lo haré. Te quiero… Hasta mañana.

— Hasta mañana — respondió con poca convicción antes de cortar.

Me di la vuelta y le lancé una mirada asesina a Lucía, que se retorcía de risa tirada sobre el sofá. Algún día sus bromas terminarían acabando conmigo.

— ¿Una reunión informal de viejos compañeros? — me preguntó con sorna.

Puse los ojos en blanco y volví a acercarme al espejo.
Lucía se colocó detrás de mí y me ató un collar de perlas blancas al cuello.

— Estás lista — señaló — . ¿Vamos?

Asentí tras suspirar hondo y le di un último trago a la copa. Al hacerlo me sentí un poco mal, porque tal y como me había dicho mi prometido, beber mientras uno se medicaba estaba totalmente desaconsejado. Me dije a mí misma que no pasaba nada y que tan solamente era un día; además, necesitaba despejarme por el bien de mi salud mental.

En la planta baja ya estaba todo preparado para la recepción de los invitados. Lucía había sustituido su jardín por una descomunal pista de baile que estaba iluminada por focos de todos los colores y bolas de discoteca que proporcionaban un ambiente… psicodélico — en mi opinión — . El catering ya estaba listo y las mesas que rodeaban el lugar estaban repletas de canapés, comida y bebida. Como el dinero no era un problema para Lu, había contratado un barman que sirviera copas durante toda la noche.

Un auténtico despilfarro.

Los invitados comenzaron a llegar cuando yo ya empezaba a ver bastante borroso. Sentí deseos de echarme a llorar al pensar que, aquel día, no había cumplido con mi menú de dieta, estaba ingiriendo alcohol y no había practicado ningún tipo de actividad que me ayudase a regular las calorías consumidas. Un horror. Al día siguiente seguro que me despertaba resacosa y más gorda.
"¿Y si no entro en el vestido de novia?", me pregunté espantada mientras veía a la gorda de Carolina devorar *muffins* de chocolate como si no hubiese un mañana. Después mi cabeza recordó el tema "bebés", el asunto de la boda, la mudanza a la nueva casa… Y las malditas calorías casi me parecieron una risa. Aquel día me iba a permitir todos los caprichos que quisiera, porque al día siguiente tendría que lidiar con mi madre, mi suegra, mi prometido y la tarta de boda. Un plan que cada vez me apetecía menos y que estaba consiguiendo terminar con mi maldita cordura.

— ¿Has visto a Clara? — preguntó Lucía, muriéndose de risa — . Está como una pelota. Al parecer ha tenido tres hijos ya… Dios, es una coneja.

— ¡Lucía, por favor! — exclamé con indignación mientras me secaba una lagrimita.

— Vete a hablar con el guapo de Rubén y olvídate de los problemas, Dani — me regañó — . Hoy tienes prohibido llorar…

— ¿Rubén?

Lucía señaló a un chico alto y moreno que hablaba con una rubia despampanante. Tardé un rato en comprender quién era.

— ¿Ése es… Rubén? — pestañeé incrédula.

¿Qué diablos había pasado con aquel niñito de gafas que pesaba veinte kilos y que sufría acné?

— Sí, está como un queso.

Le pegué un codazo y solté una carcajada.

— ¡Diviértete, bebe todo el ponche que puedas y baila!

Lancé una mirada hacia las mesas y vi el ponche del que me estaba hablando.

— ¿De verdad es ponche? — pregunté con curiosidad.

Lu se rió con picardía.

— Ponche con algún que otro ingrediente secreto. No preguntes y disfrútalo — gritó, alejándose hacia la pista de baile.

Yo me reí, borrachilla, y me arrastré a por el brebaje mágico que me haría olvidar todos los problemas aquella noche. Me serví un vaso y le di un trago largo. Empecé a marearme, pero en contra de lo habitual, la sensación no me desagradó lo más mínimo.

Llevaba un rato deslizándome de mesa en mesa en busca de canapés cuando me tropecé con Claudia, una chica con la que mantuve muy buena y estrecha amistad en nuestro último curso.

— ¡Estás guapísima, tía! — me saludó con un pequeño abrazo.

Yo respondí que ella también, aunque resultaba obvio que ambas íbamos ridículas. Claudia llevaba un peto vaquero y una corona de flores en la cabeza. Supuse que ambas éramos igual de falsas y que, además, nuestro grado de alcohol en sangre andaba parecido. Charlamos un rato sobre la vida. Le conté que me casaba, que me había comprado un piso y que mi novio estaba podrido en dinero — debía presumir, claro —. Pude ver la envidia en sus ojos mientras me preguntaba respecto a la boda, así que por unos segundos, incluso me alegré de que en unos meses fuera a transformarme en una mujer casada. Ella, en cambio, estaba soltera. Había pillado a su chico siéndole infiel con una secretaria y había roto la relación. Me lamenté por ella mientras me bebía otro vaso de la receta secreta del ponche de Lu y veía a la gente bailar en la pista con la música disco. Estaba demasiado mareada y borracha, así que me senté en una silla y observé el panorama muerta de risa.

— ¿Dani?

Miré hacia detrás y vi a un hippy vestido de Elvis Presley.

— ¡Elvis! — grité a modo de saludo.

¡Dios Santo!
Estaba tan borracha que ni siquiera podía enfocar la visión para ver bien al hippy.

El chico se rió y se sentó a mi lado.

— Verte aquí no es ninguna sorpresa — me dijo con voz melosa —, pero verte borracha… Vaya. Eso sí que es una verdadera sorpresa.

Se me heló la sangre.
Sentí que la silla en la que estaba sentada empezaba a elevarse, como si de golpe y porrazo la gravedad desapareciera. Tuve la sensación de que se balanceaba y de que, de un instante a otro, terminaría cayéndome de ella. Y me caí al suelo. Sentí el golpe en mis rodillas y unas inmensas ganas de vomitar me apretaron el estómago… Él se agachó y me tendió una mano para ayudarme. Él. ¿Qué hacía él aquí? Todo daba vueltas, cada vez más rápido, hasta que finalmente vomité. Encima de sus zapatos.

Encima de Álvaro.

— Vaya… Yo también me alegro de verte, princesa.

8
Errores del pasado
(Y del presente)

— Esto sí que no me lo esperaba de ti, princesa… — bromeó con sorna.

Le lancé una mirada asesina mientras que, mareada, hacía un esfuerzo sobrehumano por mantenerme erguida y guardar la compostura.

— ¿Qué se supone que haces aquí? — escupí de malos modos.

¿Hacía cuánto tiempo que no veía a Álvaro?
Suspiré, pensando que incluso con aquel disfraz de Elvis, seguía estando tan guapo como de costumbre.

— Me han invitado… Pregúntale a tu amiga.

Tragué saliva sin saber qué decir.
Estuve tentada de responderle que en su respuesta había dicho que no acudiría, pero aquel dato rebelaría demasiado. Como por ejemplo, que me había preocupado por saber si acudiría o no.

— Ya — dije al final.

Álvaro miró hacia ambos lados y yo, nerviosa, le imité.
Me fijé que Lucía no nos quitaba los ojos de encima mientras bailaba con Rubén — o eso creo que hacía porque, para ser sinceros, a tanta distancia no llegaba a discernir demasiado bien lo que estaba sucediendo — .

— ¿Qué tal estás, princesa?

— No me llames princesa — murmuré.

— Veo que tan cortante como siempre — sonrió con diversión mientras yo volvía a sentir que la gravedad, una vez más, volvía a desaparecer. Me sujeté a su brazo y cerré los ojos intentando contener las arcadas — . ¿Qué te parece si damos un paseo? Creo que un poco de aire fresco te vendrá bien.

La respuesta correcta habría sido un "no, lo siento". Pero Álvaro siempre conseguía sacar de mí la parte incorrecta. De alguna manera, siempre pensé que su influencia en mí era tan mala como la que ejercía Lucía. Pero Lucía era irremplazable y él… Bueno, él, en realidad, no era nadie importante.

— Está bien — admití a regañadientes.

No fui consciente de que caminaba sujeta a su brazo hasta que, un buen rato después, le solté y prácticamente me derrumbé al suelo. Volví a sujetarme a él como si fuera un chaleco salvavidas mientras poco a poco la música de la fiesta iba bajando de volumen hasta casi desaparecer.
Miré a mi alrededor.
Todo seguía borroso y daba vueltas, pero reconocí que era la parte delantera de la casa de Lucía. Nos acercamos hasta la piscina y Álvaro me dejó caer sobre una tumbona.

— ¿Y qué es de la vida de la princesa Daniela?

Odiaba que me llamara princesa.
De forma inconsciente solté un gruñido, pero Álvaro, en vez de ofenderse, soltó una risotada.

— Siempre estás desquiciada — señaló.

— Siempre me has desquiciado — corregí.

— Espero que tu nuevo novio lo haga mejor.

Me incorporé un poco y le miré fijamente. Hice un esfuerzo porque su imagen no diera vueltas y más vueltas e intenté enfocarle bien.

— Mi prometido — especifiqué — es un hombre caballeroso. A diferencia de ti, claro, siempre ha sabido cómo satisfacerme.

— Tu prometido… — repitió sin borrar aquella maldita sonrisa.

Debo admitir que Álvaro estaba igual de guapo que siempre. Quizás más mayor, pero supuse que yo también había envejecido.

— Exacto.

Él se levantó de su tumbona y se sentó en la mía, en una esquina, junto a mis pies. Su proximidad hizo que el estómago se me revolviera y que las manos me temblasen.

— ¿Sabe cómo satisfacerte?

Yo sacudí la cabeza en señal de negación.

— ¿Y a tu madre? ¿También sabe satisfacerla?

Solté una risita.

— Mi madre adora a Guillermo — señalé.

La risa de Álvaro aumentó de volumen.

— Bien, entonces ya sé cómo es.

— ¿Ah, sí?

Él sonrió con diversión. Sus ojos chispeaban de aquella forma tan familiar, así que supe que lo que diría a continuación no sería de mi agrado.

— Sí… Es un estirado, un tío aburrido que duerme en pijama, que tiene pasta, una chica de la limpieza, un buen apellido y que no te sabe follar.

— ¡Por Dios, Álvaro! — exclamé escandalizada.

— ¿Es por lo de estirado o es porque he utilizado la palabra follar? — repitió con diversión.

Le pegué una patada en la cadera, horrorizada, y negué rotundamente.

— Por lo segundo… Y además, estás equivocado. No es ningún aburrido y te aseguro que nuestras relaciones sexuales son muy placenteras.

"Cuando las hay", pensé. Pero ese dato decidí omitirlo.

Álvaro se mordió el labio.

— Así que la princesa se va a casar con su príncipe…

— Sí — señalé con la cabeza alta, orgullosa.

— Y se irá a vivir a su castillo.

— Así será.

— Y se convertirá en reina y tendrá más príncipes y princesitas — se rió.

Tragué saliva.
Aquel último punto era el que más me asustaba.

Nos quedamos mirándonos en silencio, retándonos con la mirada. Estaba muerta de frío, pero aún así no me moví un solo milímetro.

— Supongo que tu madre siempre tuvo razón… Yo nunca fui suficiente para una princesa — dijo, encogiéndose de hombros — . Me alegro por ti, Dani.

Pestañeé, incrédula.

— Sabes perfectamente que el problema no fue mi madre.

Aunque seguía borracha, el hecho de estar sentada en la tumbona contribuía a que los objetos no continuasen girando a mi alrededor.

— Sabes que sí — contradijo él — , ella nunca me quiso a tu lado.

— ¡Oh, Álvaro! ¿Es que nunca dejarás de ser la víctima? — ataqué — , sabes perfectamente que te alejaste de mí. No me querías lo suficiente como para enfrentarte a mi familia.

— Tú no me querías lo suficiente como para enfrentarte a tu familia, Daniela — escupió con rabia.

Ahí estaban. Por fin habían llegado todos aquellos reproches que años atrás ninguno de los dos nos dijimos. Todas las palabras que nos guardamos mientras mirábamos el móvil y esperábamos que uno de los dos llamase. Pero las llamadas no llegaron, las palabras y los reproches tampoco y ni siquiera tuvimos un “adiós”. Ni un simple “hasta luego”. Ni un “continúa tu camino sin

mí". Nada.

Le miré fijamente a los ojos y recordé aquella noche en la que me llevó a casa. Fue la última noche. Mi madre esperaba en la puerta, rabiosa porque Álvaro me llevaba muy tarde de vuelta… Aún recuerdo que, mientras hacíamos el amor en la parte trasera de su vieja ranchera, ninguno miró el reloj. Llegué despeinada y con los labios hinchados por tantos besos. Mi madre se acercó hasta el coche y le gritó que era un pordiosero sin educación, que no servía para nada, que no estaba a mi altura y que debía dejarme en paz porque nunca jamás permitiría que nuestra historia tuviera un final. Mi madre destilaba tanta rabia y veneno que me sorprendió incluso a mí. Yo, muda, me bajé del coche y me callé esperando que de esa manera mi madre detuviera su reprimenda y le permitiera a Álvaro marcharse. Y lo hizo. Pero entonces, mientras él daba marcha atrás, vi su mirada de odio y de rabia. Y no fue dirigida a mi madre, si no a mí. Me odiaba a mí.
Aquella noche decidí que él debía ser quien volviera a llamarme y supongo que Álvaro pensó lo mismo. Ninguno de los dos volvió a descolgar el auricular y…, aunque se derramaron lágrimas, nunca más volvimos a vernos.

Nos habíamos conocido en el instituto, claro. Él, que venía de familia pobre, estudiaba en mi colegio gracias a una importante beca. Su familia ni siquiera tenía dinero para los libros y todos los años tenía que comprar ejemplares de segunda mano. En aquel colegio de ricos todos sabíamos quién era Álvaro; el pobre. Su padre era el que arreglaba los coches de nuestros padres y su madre la que fregaba el colegio cuando el timbre sonaba. Eran, en definitiva, los que recogían nuestra basura.

— Nunca volviste a llamar — murmuré con un hilillo de voz.

— Tú tampoco lo hiciste — señaló él.

Asentí.
Volvimos a quedarnos en silencio y, mareada, cerré los ojos. Tenía tantas ganas de llorar… Me esforcé por contenerme. No quería hacerlo. Aquellos últimos días habían sido horribles pero, si me derrumbaba en aquel instante, estaba segura de que Álvaro pensaría que lo hacía por él. Y no. En absoluto. No tenía ganas de llorar porque lo hubiera echado de menos. No tenía ganas de llorar porque aún recordase el sabor de sus besos. Ni tenía ganas de llorar

porque sus caricias eran… cálidas. Y suaves. Y sus palabras siempre sinceras.

— Si eres tan feliz, ¿por qué lloras, princesa?

Se acercó más a mí y me retiró una lágrima con delicadeza.
Sí, Guillermo también era muy delicado conmigo pero… Quizás demasiado delicado. Ése era el problema.

— No lo entenderías — escupí de malhumor mientras me desgarraba en un llanto desconsolado.

— Prueba suerte — me retó con una sonrisa sin dejar de secarme el rostro.

Estaba tan borracha que ni siquiera fui muy consciente de lo que hacía. Simplemente me dejé guiar por mis impulsos mientras me decía a mí misma que mañana sería otro día y que todo aquello, todo lo que estaba viviendo, no era real. No lo era. Álvaro no podía ser real.

Posé mis labios sobre los suyos. Podía sentir su sonrisa mientras lo hacía. Sujetó mi rostro, encarcelándolo entre sus manos mientras me devolvía el beso con apremio y seguridad; como si él también lo hubiera anhelado tanto como yo. Como si él también me hubiera extrañado tanto como lo había hecho yo.

Nuestras lenguas, húmedas, se enredaron en un baile frenético que me obligó a perder la cabeza. Le desaté el pantalón, pero no estuve segura de lo que hacía hasta que, al final, me levanté de la hamaca. Álvaro resopló, mirándome fijamente mientras yo, aún hecha un mar de lágrimas, me iba desnudando lentamente. Me costaba mantener el equilibrio, pero al final conseguí desprenderme hasta de la última prenda sin caerme al suelo.

— ¿Por qué estás llorando, princesa? — me preguntó de nuevo.

No quería hablar de eso.
Me di la vuelta y anduve hacia la piscina. Sentía la mirada de Álvaro fija en mi espalda y sonreí. Sonreí porque sabía muy bien que Álvaro no sería capaz de resistirse a mí — o al menos eso esperaba — .

Me metí en el agua lentamente, acostumbrando el cuerpo al repentino cambio de temperatura. Cuando me di la vuelta, él ya estaba desnudo y caminaba hacia mí. Vi su miembro duro, erecto y preparado y no pude evitar sonrojarme.

“Follar”, pensé de nuevo. Una palabra que ni Guillermo ni mi madre pronunciarían jamás. Pero Álvaro sí, claro. Porque nunca le había importado lo que pensasen de él. Nunca se había esforzado por ser… correcto. No lo era y tampoco lo quería ser.

Se acercó hasta mí, lamió mis lágrimas saladas y me besó con apremió. Rodeó mi cintura con sus brazos, estrechándome a él con fuerza para que nuestros cuerpos pudieran recordar lo que era sentirse el uno al otro. Deslizó su mano hasta mis pechos y pellizcó un pezón mientras me besaba el cuello de forma salvaje y húmeda. ¿Hacía cuánto que nadie me tocaba de aquella manera? ¿Hacía cuánto que nadie me deseaba así? Ni siquiera pensé en Guillermo. No me acordé de él ni un solo segundo.

— He echado de menos tu olor, princesa — murmuró, respirando el aroma del champú con el que se había impregnado mi cabello.

Era el mismo que utilizaba desde la adolescencia.

Sentí la mano de Álvaro recorriendo mi vientre, deslizándose por mi cuerpo como si pretendiera palpar cada centímetro de él. Se detuvo en mi monte de Venus, apartó sus labios de mi piel y se separó unos centímetros para mirarme fijamente. Quería verme disfrutar. Deslizó sus dedos hasta mi sexo y recorrió mis labios vaginales de forma suave y sensual, separándolos levemente. Me acarició el clítoris y lo atrapó para tirar suavemente de él. Gemí y sentí deseos de hundirme bajo el agua, pero no lo hice.

Aguanté el temblor de las rodillas y me mordí el labio para contener los jadeos mientras él, consciente de mi placer, me tocaba sin apartar su mirada de mí. Sus ojos delataban el deseo y la atracción que sentía, lo dispuesto y las ganas que tenía de mí. Metí la mano bajo el agua y busqué su erección. A Guillermo no le gustaba que le tocase; era tradicional y prefería saltarse aquellos “sucios” preliminares. Pero sabía que a Álvaro si le gustaba. Comenzaba a mover mi mano hacia arriba y hacia abajo, muy suavemente, mientras él entraba y salía de mi humedad introduciendo sus dedos en mí.

Unos minutos después, me detuvo. Volvió a acercarse a mí, me aupó y yo rodeé su cuerpo con mis brazos. Se clavó muy lentamente en mi interior mientras yo gemía de placer.

No nos importó si alguien podía vernos. No nos importó que yo estuviera

prometida. Tampoco sabía si había una mujer esperando en la cama de Álvaro. Solamente importábamos nosotros dos. El agua hacía que mi cuerpo prácticamente no pesase, así que Álvaro comenzó a moverse y a elevarme de forma regular y acompasada, entrando y saliendo de mí mientras me comía la boca a besos. Volver a recordar su sabor fue tan placentero que sentí que me desmayaba. Pero no lo hice. Me apreté con más fuerza contra él, deseosa de recibir cada estacada. De que me hiciera suya como nadie más sabía hacerlo.

Pude sentir por sus gemidos cómo el orgasmo se acercaba a él. Contraje mis músculos y, en ese momento, el éxtasis también me alcanzó. Nos corrimos a la vez. "¿Hacía cuánto que no tenía un orgasmo con Guillermo?", me preguntaría después. En ese momento solamente pensé en Álvaro y en lo mucho que había extrañado su calidez. Su aroma. Su masculinidad. Su intensidad… Lo mucho que había extrañado a Álvaro.

Me abrazó con fuerza y se mantuvo en mi interior. Yo me apoyé sobre su hombro y cerré los ojos.

En el cielo la luna llena nos iluminaba junto a un mar de brillantes estrellas.

— Siempre supiste muy bien cómo hacerme perder la cabeza — sentenció.

9
Dulce y…

Mi teléfono móvil no paraba de sonar.
Abrí los ojos y tanteé la mesilla intentando dar con él, pero no fui capaz. Pestañeé varias veces y me incorporé en la cama con un agudo dolor de cabeza retumbándome en el cerebro. Me sentía aturdida.
Suspiré y desvié la mirada hacia la ventana; era completamente de día. Y aquella no era mi habitación.

— ¡Oh, Dios Santo! — exclamé, saltando de la cama.

Mi cabeza se puso en funcionamiento y poco a poco comenzó a hilar cabos hasta comprender que estaba en casa de Lu, que el día anterior había sido la fiesta sesentera, que estaba desnuda y que, además, aquella mañana tenía la prueba de tarta.

Rebusqué entre la ropa hasta dar con el maldito aparato. El nombre de Guillermo parpadeaba de forma impaciente.

— ¡Hola, cariño! — respondí de forma brusca con un nudo en el estómago.

— ¿Dónde estás, Daniela? ¡Estoy esperándote frente a la casa de tu amiga! — exclamó irritado — . ¡Te he llamado veinte veces! ¡Hemos quedado hace más de una hora!

— Ya voy, cariño… — murmuré intentando dar con mi bolsa de viaje — , es que no me ha sonado el despertador. Ha debido de fallar…

— ¡Daniela, por favor! ¡Que nuestras madres nos están esperando! — gritó, subiendo su tono de voz más de lo que jamás hasta entonces le había escuchado — . ¿Es que siempre que te juntas con esa chica tienes que acabar así?

“¿Acabar cómo?”, me pregunté. Pero decidí guardarme la pregunta para mí misma.

Me enfundé unos vaqueros, una camisa blanca y me calcé los tacones. Me miré al espejo: aún llevaba el tupé en la cabeza y el collar de perlas en el cuello, pero decidí que no tenía tiempo que perder en aquellos detalles y me apresuré a bajar corriendo las escaleras hacia la puerta.

— Estoy casi abajo, espérame un segundo.

— Vas a tener que darme una…

Pero antes de que pudiera continuar con la reprimenda, corté la llamada.
¿Y Lu? ¿Dónde diablos se había metido?, me pregunté mientras salía al exterior.

Pasé por delante de la piscina mientras una oleada de flashbacks me sacudía la memoria. Vi mi falda azul de lunares tirada junto a la tumbona y sentí un malestar terrible apretándome el estómago. ¿Eran remordimientos? Fui consciente de la realidad por primera vez desde que me había despertado; le había sido infiel a Guillermo. Le había engañado con… Álvaro.
¿Me arrepentía?

Salí por la puerta principal.
Vi el Audi de Guillermo aparcado a unos metros de la casa de Lucía y corrí hasta llegar a él. Me subí en el asiento del copiloto y fingí la mejor de mis sonrisas.

Guillermo me escrutó de hito a hito, repasándome concienzudamente.

No estaba peinada, ni maquillada y ni siquiera me había molestado en meterme la camisa por dentro del pantalón.

Suspiró hondo, arrancó el coche y sin decir nada se puso en marcha.

— ¿Te das cuenta, verdad?

Me mordí el labio y evité mirarle a la cara; era consciente de que su reprimenda aún no había finalizado.

— ¿De qué debería darme cuenta?

— No voy a discutir contigo por culpa de ella — dijo, sujetando con fuerza el volante entre sus manos —, pero quiero que seas consciente de la mala influencia que es. Te transformas, Daniela.

No supe qué contestar.
Sí, desde luego, Lu no era un ángel caído del cielo… Pero tampoco me obligaba a hacer nada que no quisiera. No me había metido el alcohol por vena en contra de mi voluntad y…, lo peor de todo, tampoco me había obligado a desnudarme y a meterme en aquella piscina. Ni a besar a Álvaro. Ni a olerle, ni a tocarle, ni a tener esa necesidad de recordar cómo me hacía sentir cuando estábamos juntos.

Miré a Guillermo y sentí deseos de echarme a llorar. Le había sido infiel a mi prometido y… ¿En qué lugar de la ecuación me dejaba aquel acto? ¿Qué significaba? Una lágrima fugaz resbaló por mi mejilla, pero me la retiré de un manotazo antes de que él fuera consciente.

— Venga, adecéntate un poco e intenta olvidarlo por ahora — murmuró a pesar de que su tono de voz seguía sonando muy tenso —. Nuestras madres ya tienen bastante disgusto con nuestro retraso como para que encima les demos más razones.

Asentí sigilosamente y continué manteniendo a raya el llanto. No quería desmoronarme delante de él; aunque de haberlo hecho Guillermo tampoco habría comprendido las verdaderas razones que provocaban mis lágrimas. ¿Era por Álvaro? Haber coincidido con él en aquella fiesta había sido un error. “Echaba de menos tu olor, princesa…”; su voz sonó en mi cabeza y pude sentir su mano apoyada sobre mi hombro.

— Adecéntate un poco — me dijo, mirándome de reojo y señalando el tupé que aún llevaba en la cabeza.

Aunque no le respondí, obedecí.
Bajé el espejito del parasol y me maquillé superficialmente, intentando disimular mi mala apariencia y repasando los restos de maquillaje del día anterior que aún conservaba. Gracias a Dios, el agua de la piscina contribuyó a que buena parte de la pintura se disolviese mientras estaba allí, sumergida junto a él. Junto a Álvaro. Respiré hondo y sopesé qué era lo que realmente

debía hacer. ¿Era correcto guardar el secreto? ¿Debía confesar mi pecado a Guillermo? Me dejaría. ¿Estaba preparada para perderle? Y cancelar la compra de la vivienda, y la boda… Sí, una parte de mi deseaba acabar con toda aquella presión, pero otra parte sentía un auténtico y abismal pánico a perderle. ¿Qué iba a ser de mí sin Guillermo? ¿Y qué pensaría mi madre? ¿Y Ágata? Temblé, incapaz de imaginármelo.

Me remetí la camisa blanca en el interior del pantalón vaquero y después centré mi atención en mi desastroso cabello. El agua de la piscina había provocado que mi peinado sesentero se asemejase más a una de esas bolas del desierto que el viento arrastra de un lugar a otro. Me quité toda la colección de horquillas que Lu me había colocado con tanto esmero y me cepillé el pelo con los dedos para hacerme un moño desenfadado que, al menos, no me hiciera parecer sacada de una máquina del tiempo.

— Hemos llegado — anunció, aparcando el coche en la explanada del restaurante.

Entramos al comedor.
Como era de esperar, tanto el chef como nuestras madres tenían los nervios crispados por la espera. Miré a Guillermo de reojo y vi que su expresión tampoco delataba ninguna muestra de apoyo hacia mí.

— Madre — murmuró, saludando a Ágata con dos sonoros besos en la mejilla — . Leticia — continuó, dirigiéndose a mi madre antes de besarla.

Yo me quedé paralizada observando la cantidad de pequeñas porciones de tarta que nuestras madres tenían frente a ellas. ¿Cuántas había? ¿Veinte? ¿De verdad existían tantísimas clases de tartas?

— Ejem… Daniela — me llamó mi madre.

Me acerqué a ella con una sonrisa falsa y le di dos besos.

— Espero que luego seas capaz de explicarme los motivos de tu tardanza y la razón de tu… mal aspecto — concluyó, repasándome superficialmente.

La ignoré con un nudo en el estómago y me acerqué a mi suegra para saludarla. Tampoco parecía muy feliz conmigo, pero al menos no hizo ningún comentario

sobre mi aspecto.

Nos sentamos en la mesa y el chef comenzó sus explicaciones. Señalaba un plato, nos iba contando de qué estaba hecha la tarta que teníamos delante, la probábamos, anotábamos nuestra opinión en una agendita y pasábamos a la siguiente. Los minutos fueron transcurriendo hasta que llegó un instante en el que ni siquiera escuchaba al hombre que, vestido de blanco, parloteaba incesantemente sobre ingredientes, chocolates y formas de bizcochos. Me llevaba a la boca cada pedazo de tarta que Guillermo me hacía llegar sin pensar; sin siquiera preocuparme por la descomunal ingesta de calorías que tanto me costaría quemar después. No. No pensaba en aquellas vanidades. Estaba demasiado entretenida auto-torturándome, recordándome que la noche anterior Álvaro y yo habíamos compartido bastante más que un inocente beso de despedida. Por primera vez en mi vida había sido infiel a mi novio… Y la culpable había sido única y exclusivamente yo. Ni siquiera Álvaro me había incitado a ello… Había salido de mí, lo que hacía que el acto fuera más horrible aún — si es que podía serlo — . Volví a mirar a Guillermo, tan guapo, tan pulcro, tan formal, tan recto, tan pijo. Él era todo lo que siempre había anhelado y soñado y ahora estaba a un paso de que se convirtiera en mi marido. ¿Pero estaba dispuesta a comenzar a construir un matrimonio sobre los cimientos de una mentira? ¿Sería capaz de vivir con aquel secreto el resto de mi vida? Sentí que me costaba respirar y, de forma inconsciente, comencé a hiperventilar.

— ¿Estás bien, querida? — preguntó mi madre desde el otro lado de la mesa.

Me levanté bruscamente de la silla y eché a caminar con paso acelerado hacia los servicios. Escuché un cuchicheo a mis espaldas y adiviné que, seguramente, Ágata estuviera desaprobando públicamente mi comportamiento. No me importó. No podía respirar. Me estaba ahogando. Sentí una gota de sudor resbalando por mi frente cuando cruzaba la puerta del lavabo de señoras. Cogí una fuerte bocanada de aire, pero no tuve la sensación de que fuera suficiente para llenar mis pulmones. Me estaba asfixiando. Le había sido infiel a Guillermo. Me había acostado con Álvaro… ¡Álvaro! Aquel niño guapo con el que salí en el instituto. Ése con el estuve tan solamente porque era prohibido y tentador. Ése que tantos problemas me causó con mis padres. Ése que, al marcharse, me rompió el corazón. Y sí, también ése que jamás

perteneció en mi mundo. ¿Por qué diablos había cometido semejante insensatez? O mejor dicho, estupidez. Una estupidez mayúscula. Guillermo era el amor de mi vida y yo… Yo simplemente había echado todo a perder por unos celos estúpidos y mi miedo a los cambios.

— ¡Daniela! — gritó mi madre desde fuera — . ¡Abre la puerta ahora mismo y dime qué te pasa!

Intenté responder pero, en lugar de hacerlo, solté un pequeño aullido. Un gritito. El maldito "gritito" que salía de mis entrañas cuando me quedaba patidifusa sin saber qué responder, me asustaba mucho por algo o cuando, como en aquel instante, estaba sufriendo una crisis de ansiedad.

— ¡Daniela! ¡Abre ahora mismo! — exclamó — . ¡Estamos esperándote en la mesa, así que no montes un numerito!

— No me encuentro bien, mamá — conseguí murmurar mientras me deshacía en un mar de lágrimas.

— ¡Por Dios, Daniela! ¿Es qué siempre tienes que ser el centro de atención? ¿Es que no eres capaz de comportarte como una persona adulta y dejar de avergonzarme?

No respondí.

— No quiero ni imaginar lo que estará pensando en estos momentos tu prometido… — refunfuñó al otro lado de la puerta.

Guillermo.
Guillermo estaba ahí fuera esperándome y yo, que no era capaz de contener las lágrimas, tendría que darle una explicación. ¿Y si rompía la relación sin explicarle mi infidelidad? ¿Podía hacer eso? ¿Romper con él? No. No podía. Le amaba. Le quería. Sí, a veces me asustaba. A veces necesitaba más. Pero Dios, estaba loca y tontamente enamorada de él y en el fondo sabía muy bien que no podía perderle.

Salí escopetada del lavabo y esquivé a mi madre. Escuché sus tacones detrás de mí, persiguiéndome hasta la salida del restaurante.

— Llame a un taxi ahora mismo — le pedí a la mujer de recepción.

Bueno, prácticamente se lo exigí.

— ¡Daniela, por el amor de Dios! ¡Se puede saber qué estás haciendo!

Me detuve y me giré para encararla.
Su rostro se descompuso cuando vio que estaba hecha un mar de lágrimas, con el maquillaje corrido y la respiración agitada. Podía enfadarse todo lo que quisiera conmigo, pero yo era su hija y la obligación de mi madre debía ser anteponer mi bienestar.

— No me encuentro bien. Me voy a casa — respondí escuetamente, esperando que esa información fuera suficiente para que la conversación no se desviara hasta una discusión.

— Pe…Pe…Pero… — tartamudeó, confusa — . ¿Y la prueba del pastel?

Negué.

— Ya te he dicho que no me encuentro bien — corté mientras hacía un esfuerzo enorme por controlar mi respiración.

— Pero Daniela…, nos están esperando.

Sacudí la cabeza en señal de negación.
No podía regresar a aquel comedor y mirar a Guillermo a los ojos sin derrumbarme. Además, aún no sabía qué hacer. Tenía que pensar seriamente cómo iba a enfocar aquel problema.
El taxi que la recepcionista había llamado entró en la explanada del parking y yo caminé un paso hacia fuera.

— Daniela… — repitió mi madre.

— No me encuentro bien y me voy a casa a descansar — volví a decir — , espero que mi prometido y mi suegra sean capaces de comprenderme.

Mi madre dio un paso al frente, puso la mano sobre mi frente y, después, asintió.

— Claro, vete a casa. Estás ardiendo, hija… Necesitas descansar.

Sacudí la cabeza con desesperación y, sin responder nada más, me dirigí al

taxi. No, no estaba ardiendo. Y no, no tenía fiebre. Tampoco estaba enferma. Pero seguramente ésa sería la perfecta excusa que mi madre utilizaría para quedar bien delante de los demás y para excusarme. Les recordaría cómo me había desmayado tras la prueba de vestidos y se aseguraría que era mejor prevenir y evitar que empeorase. La conocía bien.

Me subí al taxi y, con el corazón acelerado, murmuré la dirección de mi casa. No me apetecía ni ver ni estar con nadie.

10
Las decisiones importantes

Estaba anocheciendo en Madrid.
Guillermo me había llamado varias veces para disculparse por la dureza con la que me había tratado aquella mañana cuando me recibió en el coche. Eso empeoró las cosas e hizo que me sintiera todavía peor persona. Me preguntó qué tal me encontraba y añadió que podía acercarse a visitarme si lo precisaba. Me negué. Lo último que quería era verle.

Estaba convencida de que, de ahí en adelante, no iba a ser capaz de estar con él sin confesarle la verdad o sin torturarme a mí misma. Y también tenía la certeza absoluta de que cualquiera de aquellas dos variantes provocaría la ruptura inmediata de nuestra relación.

Me sentí absurda recordando que, un día atrás, había sospechado que Guillermo hubiera podido estar siéndome infiel. Estaba más que claro que la única golfa de aquella relación había sido yo.

Me arrastré hasta la cocina y miré el menú. Me tocaba cenar una ensalada campera con setenta gramos de atún muy bien escurrido, pero en realidad ni me apetecía cocinar ni quería cenar lechuga aliñada. Estaba tan deprimida que en aquellos instantes me apetecía una pizza con mucho queso y llorar aún más al pensar que me pondría gorda y fea.

El timbre de la puerta sonó varias veces y, paralizada, me quedé en mitad de la cocina sin saber qué hacer. Estaba casi convencida de que la persona que estaba al otro lado de la puerta era mi querida madre, deseosa de encontrarse conmigo para soltarme una buena reprimenda y recordarme cómo debía de ser la actitud de una señorita de bien.

Me masajeé las sienes, consciente de que en cualquier momento mi cabeza explotaría por los nervios y la ansiedad.

— ¡Dani, nena, ábreme! ¡Sé que estás ahí, te he escuchado!

Era Lucía.

Solté un suspiro de alivio y corrí a la puerta para recibirla.

— Lu… — murmuré, justo antes de echarme a llorar de forma brusca, desconsolada y exagerada.

Nunca hasta entonces me había visto en una situación similar y me sentía perdida, hundida, confusa pero, sobre todo, muy pero que muy asustada. Tenía pánico a lo que después fuera a suceder.

— ¡Pero qué te pasa! — gritó, envolviéndome entre sus brazos.

Me empujó lentamente para abandonar el rellano, entrar y después cerrar la puerta de casa. No quería que ningún vecino cotilla me viera llorando y después le fuera con el cuento a mi madre.

— Vamos, vamos… Siéntate en el sofá y cuéntame qué ha pasado — me calmó mientras rebuscaba en el interior de su bolso hasta dar con un paquete de clínex — . ¿Lo habéis dejado? ¿Has roto con Guille?

Sacudí la cabeza en señal de negación e intenté comenzar a hablar, pero nuevamente lo único que fui capaz de reproducir fue aquel horrible gritito. Después comencé a hipar mientras lloraba y se me caía el moco.

— Cálmate mientras voy a por agua… O mejor vino — me dijo Lucía — . Y ahora cuando vuelva me explicas todo.

Tardó varios minutos en regresar con dos copas muy llenas de un vino tinto gran reserva carísimo que tenía en mi vinoteca para quedar bien con los invitados. Ni siquiera me molestó que abriera aquella botella sin preguntar porque, en aquel instante, lo más importante para mí es que tenía a Lucía a mi lado.

— Ayer… Yo…

— Sí… Te vi alejarte con Álvaro, pero luego no fui capaz de encontrarte. Supuse que estabas tan borracha que te habías marchado a dormir.

Me tapé la cara con ambas manos, como un avestruz que esconde su cabeza. Después le di un largo sorbo a la copa de vino y miré fijamente a mi mejor amiga. Lucía era casi como mi hermana… Y ella no iba a juzgarme.

— Ayer me acosté con Álvaro.

— ¡QUÉ! — gritó.

No fue una pregunta, sino una exclamación.
Lucía, nerviosa, saltó del sofá y se plantó de pie frente a mí.

— Sí… — murmuré mientras un par de lagrimillas caían por mi rostro.

— A ver, a ver, a ver, a ver — comenzó, nerviosa e histérica por partes iguales — , no puedes soltar una bomba como esa y quedarte tan pancha. ¡Cuéntalo todo!

Se sentó a mi lado y yo, armándome de valor y sin soltar la copa de vino, fui relatando los hechos obviando los detalles más morbosos — aunque por otra parte no era capaz de recordar si los había imaginado o habían ocurrido realmente — .
Lucía me escuchó con atención, mirándome fijamente y sin siquiera pestañear. Después, cuando me calmé, sacó de su bolso un paquete de cigarrillos y se encendió uno. Sabía que en mi casa tenía prohibido fumar, pero dada la situación, decidí no recriminarle nada.

— Veamos, Dani… Esto es muy sencillo, nena — comenzó.

De pronto me sentí mucho más tranquila. Si Lucía decía que era sencillo es que podía solucionar aquel quebradero de cabeza.

— Voy intentar ser imparcial por muy mal que tu chico me caiga — continuó, sujetándome la mano — . ¿Tú quieres a Guille?

Asentí sin dudar.

— Muchísimo. Más que a mi vida.

— ¿Quieres estar con él?

— Sí.

— ¿Quieres casarte con él?

Dudé unos segundos.
La pregunta real era si me quería casar. No con él, si no casarme en general. Eso no la tenía tan claro pero, a pesar de ello, tenía certeza de que sí debía casarme, entonces sí, quería hacerlo con él y no con otra persona.

— Sí.

— ¿Sí? — repitió, asegurándose de que mi silencio no encerraba ningún atisbo de duda.

— Sí — respondí con claridad.

— ¿Y quieres que sea el hombre de tu vida? ¿Tu futuro? — preguntó — . Piénsalo bien y no respondas a la ligera.

¿Quería que Guillermo fuera mi presente y mi futuro? Sí, claro. No había un hombre mejor que él. Era perfecto y yo lo sabía muy bien. No necesitaba volver a enumerar las razones que me enamoraban de su persona porque las había tenido claras desde el principio. Tragué saliva. ¿Me veía en el futuro con cualquier otro hombre? Quizás con algún clon de Guillermo; que fuera tan guapo, alto, distinguido, sensato, correcto y perfecto como él. ¿Me veía en el futuro con un chico como Álvaro? Un chico que había estudiado gracias a las becas — ni siquiera sabía si después había podido permitirse una universidad — , sin educación, sin saber estar, sin…

— Sí. Guillermo es todo lo que quiero — respondí sin dudar un solo segundo.

Lucía se acerco más a mí.

— Bien, nena. Pues escúchame bien… — continuó — . Lo de Álvaro sería un problema si hubiera significado algo para ti, pero como no ha sido más que sexo, entonces no tienes de qué preocuparte. Olvídalo, olvídalo todo y no vuelvas a pensar en ello.

— No tengo que… ¿No tengo que confesárselo a Guillerm…?

— ¡Joder, Dani, claro que no! — me cortó — . Esto es un secreto que tenemos tú, yo y Álvaro. No volverás a verle ni volverás a saber de él…, así que, ¿qué más da? Fue sólo sexo. No tienes que pensar en ello más de la cuenta. Relájate, concéntrate en tu boda y esfuérzate por no perder todo aquello que tienes. ¿Entendido?

La miré muy fijamente sin saber qué decir.

— Pero Guillermo se merece…

— ¡Dani! — gritó, interrumpiéndome de nuevo — . Deja de ser inocente, por favor — me recriminó, casi como cuando una madre regaña a su hija pequeña — . Refréscame la memoria: ¿cuántas veces a la semana folláis? — hizo una pequeña pausa pero, al ver que yo no contestaba, continuó — . Una vez cada quincena, con las luces apagadas y en la posición del misionero. Si te piensas que no tiene por ahí una guarra que le chupa la polla es que eres tonta de remate.

Abrí los ojos como platos y volví a soltar otro gritito, totalmente espantada mientras la imagen de Guillermo desnudo con una putilla arrodillada frente a él aparecía en mi sucia mente.

— Guillermo no sería capaz — sentencié horrorizada — , no vuelvas a decir algo así.

Lucía sonrió con pesar, me tendió la copa de vino y me hizo mirarla a los ojos.

— Guillermo te la pega con todas las guarras que se le cruzan en su camino — aseguró — , pero que eso no te preocupe. Lo hace porque te respeta lo suficiente como para no tratarte como a una prostituta… Es una lección que mi madre me dio hace mucho tiempo y si se lo preguntas a doña Leticia te aseguro que te contará el mismo cuento. Aquí las cosas son muy sencillas, nena. Él te quiere, tú le quieres, y los dos tenéis trapos sucios escondidos en vuestros cajones. ¿Puedes vivir con ello?

¿Guillermo se acostaba con otras? ¿Lo hacían todos? ¿Era eso cierto? Sentí de nuevo esas malditas ganas de echarme a llorar.
Sopesé lo que decía; conmigo se comportaba como un caballero. Guillermo era perfecto; quería comprometerse, casarse, vivir conmigo, tener hijos…

— Dani, nena… Forma parte de esta vida — aseguró Lucía, como si no estuviera desvelándome una gran revelación — . Así son los matrimonios en estas altas esferas. No necesitas querer a alguien para casarte… Lo importante es que tenga dinero, buen apellido y tenga un buen patrimonio que respalde su cara bonita. Lo sabes tan bien como yo.

Empecé a sopesar lo que Lucía me estaba diciendo. ¿Es que no tenía razón? ¿Acaso no era cierto? Llevaba viendo aquella forma de actuar muchísimo tiempo, aunque la mayoría de las veces la gente miraba hacia otro lado y lo ignoraba.

— Si decidieras estar con un tío como Álvaro otro gallo cantaría… Quizás. Pero ya sabes, todo tiene un precio.

No me estaba descubriendo las Américas. Lo sabía muy bien aunque me había esforzado durante mucho tiempo en silenciar aquellas sospechas.

Me levanté del sofá y asentí.

— Quiero casarme con Guillermo y olvidar esto — aseguré.

Ojos que no ven, corazón que no siente.

— Está bien, nena. Llámame si necesitas hablar — murmuró, comprendiendo que necesitaba estar sola y pensar — . Te veo mañana.

Se marchó sin necesidad de que la acompañase hasta la puerta.
Miré la mesilla auxiliar del salón; dos copas de vino y un paquete de tabaco vacío. Además, una de las copas estaba repleta de colillas — Lu la había utilizado a modo de cenicero — y desprendía un olor horrible. Pero me dio igual. No me apetecía ponerme a recoger y tampoco tenía fuerzas suficientes para hacerlo.

11
La visita inesperada

Me quité la ropa y, cuando me olí el cabello, fui consciente de que aún contenía un resquicio del perfume de Álvaro. Quizás fuera mi imaginación, no lo sé. Lo único seguro fue que no me desagradó en absoluto, así que me desnudé, me quité las bragas y el sujetador, me desaté el cabello y me metí en la cama desnuda.

No volvería a pensar en Álvaro. No volvería a verle nunca más. Ni a desearle. Borraría aquella noche de mis recuerdos; o mejor aún, la guardaría para siempre en mi memoria sin que nadie más pudiera acceder a ella. Suspiré hondo, me tomé la última dosis de antibiótico y, mientras lo hacía, me dije a mí misma que tenía que cambiar. Tenía que empezar a esforzarme porque la boda fuera perfecta y debía involucrarme más en el asunto de la vivienda.
Decidí no volver a pensar en si Guillermo me era infiel o no porque, de alguna manera, comprendí que si tenía una aventura con otra tampoco iba a significar nada para él. Con quien volvería a casa era conmigo, claro. Al igual que yo había tenido un desliz con Álvaro sin necesidad de que implicase nada en mi matrimonio.

La decisión estaba más que tomada.
Apagué la luz de la mesilla y cerré los ojos, decidida a terminar con aquella pesadilla de día cuanto antes. Necesitaba cambiar el chip y empezar a reorganizar mi vida cuanto antes. No podía permitirme caer en el caos y en el desastre o terminaría perdiendo la cabeza. Debía… Debía seguir siendo la chica ordenada, responsable y educada que con tanto esfuerzo mi madre me había enseñado a ser.

— Deja de pensar… — murmuré en voz alta abriendo los ojos y mirando a la nada.

Di un par de vueltas sobre mí misma y, al final, decidí contar ovejitas mientras rezaba porque Morfeo me arrullara de una vez por todas.

Creo que llevaba unas diez ovejitas cuando el timbre sonó en mi piso. "No es mi casa", pensé. Pero después volvió a sonar y no hubo opción a dudas. Estaban llamando. Me levanté — desnuda — y me envolví en una bata de estar por casa mientras me decía a mí misma que seguramente Lucía se había quedado sin dinero para un taxi o, peor aún, se había roto uno de sus carísimos tacones y no podía caminar. Algo debía de haberle pasado o no estaría de vuelta.

Pulsé el botón de abrir la puerta sin siquiera preguntar quién era. Porque, claro, ¿quién iba a ser si no era ella? ¿Mi madre? Miré la hora. Era la una de la mañana, así que esa opción estaba completamente descartada.
Abrí la puerta del piso e impaciente hasta que el ascensor llegó a mi planta y de él salió… ¡Guillermo!

— ¿Qué… haces aquí? — pregunté ojiplática.

— No podía dormir sin saber cómo estabas — respondió —, y te estaba llamando al móvil y no me respondías.

Tragué saliva.
Ni siquiera sabía dónde estaba el maldito teléfono.

— Guillermo… ¿Sabes la hora qué es?

Pasó al interior y cerré la puerta detrás de él.

— ¿Has estado fumando? — preguntó con el tono de voz acusatorio.

— No, ha sido Lucía.

— ¿Lucía ha estado aquí?

¿Por qué tenía la sensación de que aquella conversación no iba a terminar bien? Temblé al pensar aquello.

Guillermo se giró y me miró muy fijamente. Parecía perturbado.

— Creo que tienes algo que decirme…

Yo, boquiabierta, no supe qué contestar.

— Yo, yo solamente… — tartamudeé con confusión.

Se acercó un paso a mí, acortando distancias mientras la expresión de su rostro se suavizaba.

— Sé que estás muy nerviosa por la boda pero… No quiero que lo nuestro se estropee — me dijo con voz suave y melosa — . Si necesitas posponerla unos meses, lo haremos. Lo único que quiero es que estemos bien.

Aquello sí que resultó una verdadera sorpresa. Me quedé muda. Sabía que si abría la boca para decir algo el maldito y horrible "gritito" saldría de mis entrañas. Cogí aire y lo solté muy lentamente mientras Guillermo me sonreía con complicidad.

— Te quiero mucho, Daniela.

¡Oh, Dios!

No necesité darle más vueltas al asunto.

— Y yo a ti — respondí con un hilillo de voz.

Se acercó un paso más y me besó lenta y delicadamente. Metió la mano por debajo de mi bata y, cuando lo hizo, detuvo el beso y me miró, ojiplático.

— ¿Estás desnuda?

— Iba a darme una ducha — mentí — , no podía dormir.

Una sonrisa traviesa se extendió por el rostro de Guillermo. Una sonrisa que pocas veces estaba acostumbrada a ver. Me volvió a besar con mucha suavidad y me cogió en brazos como — supuse — lo haría en un futuro el día de nuestra luna de miel. Me sentí una princesa cuando cruzamos el umbral de la puerta de mi habitación y me posó sobre la cama. Me quitó la bata, se desnudó, nos metimos debajo de las sábanas con las luces apagadas y, sin preliminares, sentí cómo se clavaba en mí. Gimió al hacerlo y eso me excitó. Comenzó a entrar a salir, besándome el cuello de forma delicada y sensual. ¿Me gustaba? Claro que me gustaba. Guillermo me hacía sentir una princesa de verdad. El ritmo comenzó a acelerarse y pude sentir que, de un momento a

otro, él estallaría. No iba a darme tiempo a alcanzar el orgasmo… Deseé que aguantase un poco más, pero no lo hizo. Estalló. Sentí cómo mi interior se llenaba con su semen en el mismo momento en el que se dejaba caer sobre mí.

— Ha sido genial, cariño…

Se giró para tumbarse a mi lado y, después de besarme, se dio la vuelta para dormirse sin esperar una respuesta por mi parte.
Dos minutos después, su respiración se había hecho más profunda, indicándome de esa manera que se había quedado dormido.
Guillermo me quería. Guillermo me respetaba. Guillermo me daría una buena vida. Y ésas eran las verdaderas claves de la felicidad.

Me di la vuelta y, con una sonrisa en los labios, decidí dormirme. Había dejado de martirizarme a mí misma.

12
Picores

Unos días más tarde la situación había vuelto a normalizarse.
Yo había vuelto a la rutina de mi dieta, iba a trabajar los días que no tenía ningún compromiso relacionado con la boda y, cuando así era, ponía todo mi empeño y esfuerzo en que mi miedo a los cambios no intercediera con mis verdaderos deseos.

Hacía un par de días que el asunto de la tarta había quedado decidido y, para rematar, también habíamos resuelto el problema del vestido de boda. Al final, después de probarme el catálogo completo de varias firmas importantes, me decidí por un modelo que encajaba a la perfección entre lo clásico y lo moderno. Mi madre y mi suegra no parecían totalmente satisfechas, pero al menos consideraban "válido" el traje. Me bastaba con eso.

Aquel día me había despertado sintiéndome extraña. Era uno de esos días en los que estás cerca del periodo, tienes los nervios crispados, las emociones a flor de piel y poca paciencia para enfrentarte al día. Además, me sentía hinchada y me dolían los ovarios. Y aunque aquellos síntomas ya eran más que familiares para mí, no conseguía sobrellevarlos correctamente sin reflejar mi mal humor al resto de los mortales. Pobrecitos de ellos.

Quedé con Lucía al mediodía y compartimos una ensalada en nuestro restaurante favorito. Ambas nos habíamos puesto a dieta extrema para poder desfilar con orgullo el día de mi boda, así que teníamos el pico cerrado y solamente lo abríamos para beber cinco litros de agua diarios. Fue entonces cuando comencé a notar… los picores.
Nos despedimos en la puerta del restaurante y me subí a mi coche dispuesta a

dirigirme a la floristería. Allí había quedado con mi madre para escoger las flores de decoración y, de paso, decidir cómo sería mi ramo de novia. Pensé que organizar una boda era lo más agotador del mundo.
Volví a sentir los picores antes de arrancar el coche y, sin poder contenerme, me metí la mano debajo del pantalón y me froté mi sexo por encima de las braguitas. ¡Dios, me picaba mucho! Estaba preguntándome si aquello era normal cuando, de pronto, mi mente comenzó a cavilar. Tomaba la píldora desde hacía muchos años y sentía que la regla estaba a punto de bajarme pero… Había otro problema que, en el momento de acostarme con Álvaro, no consideré. Rememoré aquel instante en la piscina, consciente de que no hubo ningún tipo de preservativo de por medio, y solté un grito de angustia al comprender que el capullo de él debía de haberme contagiado algo. Me tapé la cara con ambas manos. Desde aquel fatídico día mi vida sexual con Guillermo había mejorado bastante y, dejando de lado aquella noche en la que acudió a mi apartamento a la una de la madrugada, nos habíamos acostado una vez más. Si Álvaro me había contagiado alguna de esas enfermedades guarras, significaba que yo… ¡también se la había pegado a Guillermo!

— ¡Mierda, mierda, mierda…!

Saqué mi Blackberry y, mientras ponía mi Mini Cooper en marcha, llamé a la consulta de mi doctor. Le expliqué a la recepcionista que se trataba de una urgencia — no entré en más detalles — y ésta, muy amable, me respondió que si me pasaba en diez minutos el doctor podría echarme un vistazo. Después llamé a mi madre. Sabía que desde mi arrebato de ansiedad en la prueba de pasteles estaba muy pendiente de mí y me vigilaba con lupa, así que decidí que lo mejor era no mentir. Le conté que el doctor quería verme para realizarme un seguimiento y comprobar que el antibiótico había hecho su efecto y ya me encontraba bien — bueno, al menos no mentía en cuanto a dónde me dirigía — . Mi excusa no le gustó demasiado, pero después añadí que tenía total libertad para escoger las flores que más le agradasen y, con eso, ya fue feliz para el resto del día. Y de la semana.

— Confío en ti, mamá. Sé que tienes un gusto exquisito — respondí con voz de niña buena antes de colgar.

¡Maldito Álvaro!

Aparqué frente a la consulta y salí corriendo mientras rozaba los muslos de mis piernas al caminar, intentando aliviar así el picor que me escocía en mi entrepierna. Era una verdadera tortura.

— ¿Qué es lo que le ocurre? — preguntó la recepcionista cuando me acerqué al módulo.

Le lancé una mirada asesina.

— Creo que eso solamente me incumbe a mí y al doctor.

Sonrió, aunque evidentemente mi mal humor no le gustó demasiado.

— Es el protocolo cuando se trata de una urgencia, pero esta vez lo pasaremos por alto. Siéntese en la sala y en cuanto pueda le atenderá.

Obedecí de mal humor e intenté calmarme.
Pero no podía hacerlo. Me parecía tan… bochornosa la situación que ni siquiera sabía cómo solucionarla. ¿Y si me había contagiado el sífilis? A saber lo que Álvaro andaba por ahí haciendo con las guarrillas de tres al cuarto. ¿Cómo diablos había podido ser tan irresponsable de tener relaciones con él sin preservativo? ¿Qué se me había pasado por la cabeza? Me mordí el labio. Había sido una auténtica estúpida. Una idiota de verdad. Con título y todo, sí señor.

— ¿Daniela Morales? — preguntó el doctor, abriendo la puerta de su consulta levemente.

Me levanté de un salto y, con un picor horrible, pasé a la consulta.

Me senté en la silla y crucé las piernas para calmar el escozor que sentía mientras el doctor tomaba alguna nota en el ordenador.

— Veamos, señorita Morales… — comenzó él —, veo en su historial que acudió a urgencias con una anemia leve y un poco de infección. Se le recetaron antibióticos y… Por lo que aquí pone, ya debería de haber terminado con la medicación y sentirse mejor. ¿Está mejor, señorita Morales?

Sonreí.

— Sí, mucho mejor. No he tenido más fiebre.

— Estupendo — señaló —. La fiebre siempre suele ser una señal de infección, así que vamos bien por ese camino… ¿Qué le ocurre, entonces?

Suspiré hondo intentando armarme de valor. Aquello iba a ser una de las cosas más difíciles que había dicho en mi vida.

— Verá, hoy he comenzado a sentir unos picores horribles — susurré en voz baja.

— No la escucho bien. ¿Unos calambres?

— Unos picores — repetí más alto, sonrojándome.

— Ya entiendo. ¿En la vagina?

Asentí, ruborizada.

— Ya veo… Desnúdese de cintura para abajo y túmbese en la camilla. Voy a hacerle una exploración — explicó —. Sí le parece bien, claro…

— Sí, claro.

Mientras me quitaba el pantalón y las bragas lo único en lo que podía pensar era que aquello no podía ser más bochornoso para mí. Me sentía ridícula y humillada… Me tumbé en la camilla. El doctor Martínez separó mis piernas, se puso unos guantes y comenzó a palpar ¡mi sexo! ¡Dios Santo! Sí, iba cada año al ginecólogo para hacer una revisión pero… Pero aquello era diferente. Era horrible.

— Ya está, puede vestirse — dijo, quitándose el guante y tirándolo a la basura.

Me levanté de forma brusca de la camilla y me vestí con rapidez antes de volver a sentarme en la silla frente al escritorio del doctor. Quería echarme a llorar cuando, con voz temblorosa, me dirigí a él.

— ¿Qué ocurre?

El hombre dejó de teclear en el ordenador y levantó la mirada.

— Supongo que cuando le recetaron el antibiótico en el hospital le avisaron de

cuáles podían ser los posibles efectos secundarios…

— ¿Los efectos secundarios? — repetí con asombro, dejando constancia de que aquello era nuevo para mí.

El doctor Martínez sonrió con ternura.

— Los antibióticos matan tanto lo bueno, como lo malo, así que al parecer tu flora vaginal se ha visto afectada. Es muy común y muy normal, no tiene nada de lo que preocuparse — continuó — . Le recetaré una crema que tendrá que aplicarse todas las noches. En unos días el escozor habrá desaparecido y la candidiasis también.

Volví a cruzar las piernas… ¡Cómo picaba!

— Bien — respondí, relajándome y hundiéndome en la silla.

¡No tenía sífilis! ¡Álvaro no me había contagiado nada!

— ¿Ha mantenido relaciones sexuales desde que comenzó a tomar el antibiótico?

Tragué saliva.

— Sí — dije escuetamente.

— ¿Sin preservativo?

Volví a tragar saliva.

— Sí.

El doctor Martínez volvió a dejar de teclear y me miró fijamente.

— Toma la píldora, supongo — yo asentí rotundamente — . Le voy a recetar otra crema para su pareja. Es muy posible que le haya contagiado.

¡No, no, no!
¿Cómo diablos iba a ir a donde Guillermo con una crema para los hongos? ¡Oh, por Dios! ¡Ni de broma!

— Y ya que estamos… quería comentarle una cosa más — añadió tomando un

aire muy serio —. Me parece extraño que cuando le recetaron el antibiótico no le comentaran nada de esto… ¿Está segura de que no le dijeron nada al respecto?

Intenté recordarlo, pero la verdad era que en aquel instante me encontraba tan agobiada que ni siquiera presté atención a los doctores. Lo único que quería era abandonar el hospital y regresar a mi hogar.

— No lo sé — admití —, puede que no les prestase atención.

— Verás… Daniela — dijo, tuteándome. Estaba muy serio y tenía la sensación de que no iba a agradarme lo más mínimo aquello que iba a decir —. No es algo que ocurra siempre y no tiene por qué haberte sucedido, pero… La toma de este antibiótico puede interferir con la píldora, anulando su efectividad.

Abrí los ojos como platos.

— ¿Có… Cómo?

El doctor Martínez dibujo una mueca de fastidio.

— ¿Cuándo espera el próximo periodo?

Guardé silencio.
El día anterior había tomado la última píldora, así que esperaba que me bajase al día siguiente.

— Mañana.

— Bien. No tiene por qué haber sido así, pero si ha mantenido relaciones sexuales sin preservativo cabe la posibilidad de un embarazo.

— ¡Dios, no! — exclamé boquiabierta.

13
Y más picores

Cuando me miré en el espejo del ascensor de la consulta del doctor, estaba blanca. Parecía un fantasma o un zombi recién salido con sus garras de la tumba. E incluso esos tenían mejor aspecto que yo.

Si el tema de tener hongos ya era algo horrible, el hecho de pensar que podía haberme quedado embarazada era todavía peor. Y si a todo ese horrible coctel se le añadía que, en caso de embarazo existía la posibilidad de que tanto Guillermo como Álvaro fueran los padres, entonces… Entonces solamente debía pensar en cómo morir. Tenía que encontrar una forma rápida y sencilla de terminar con mi vida — y cuanto más indolora fuera, mejor — .

Después de aquello me marché directa a mi casa — no sin antes pasar por la farmacia, claro — , me apliqué la cremita anti-hongos y, abierta de piernas, me tumbé en la cama. Sí, el doctor me había dicho que esperase a la noche, pero el escozor era tan fuerte que no lo pude soportar más.
Además, aquella noche había quedado con Guillermo para cenar y no quería estropear la cita ahora que nuestra relación iba viento en popa a toda vela. Suficiente resentida se había visto como para que encima crease más dudas.

Me quedé dormida de esa manera — al descubierto, podría decirse — , pero gracias a Dios mi día no empeoró más. Guillermo me llamó sobre las ocho para avisarme que había un cambio de planes y que aquella noche cenaríamos en su casa. Acepté encantada y, dispuesta a no llegar ni un solo segundo tarde, corrí a la ducha para quitarme la dichosa crema y vestirme a la velocidad de la luz.

Mientras me vestía Lucía me mandó un repertorio de fotos de la noche de la fiesta. Álvaro salía en una y yo solamente en dos — en ninguna cerca de él, por suerte — . Me fijé en lo guapa que me había dejado Lu con aquel tupé y

aquella falda de lunares y sonreí. “Maldita noche de mierda”, pensé. Pero no debía ser una mártir y mucho menos perder el tiempo pensando en cosas que ya no tenían solución. Tenía que concentrarme en el futuro.

Conseguí llegar puntual al apartamento de Guillermo — aunque un poco sofocada por la carrera desde el coche hasta el portal —, y cuando me recibió, sentí que el mundo se paralizaba.

Mi queridísimo prometido había llenado su salón de pétalos de rosa y, en el comedor, la mesa estaba llena de velas. Vi una cubitera con champán y los platos preparados.

— ¿Y… esto? — pregunté boquiabierta.

Él me abrazó con fuerza y me besó en los labios.

— Te lo mereces — me dijo con una sonrisa —, sé que estos últimos días han sido duros para ti y que no te he cuidado como debería, así que te lo mereces.

Abrí la boca dispuesta a darle las gracias, pero en lugar de eso, salió el maldito gritito que se me escapaba en situaciones especiales.
Guillermo se rió y yo, sonrojada, cerré la boca.

— Es precioso — dije, caminando hacia la mesa.

Vi el plato; no sabía qué era, pero parecía alta cocina.
Estuve convencida de que nada de aquello lo había montado él mismo, pero esos pequeños detalles tampoco importaban demasiado. Me giré con una sonrisa tonta y bobalicona en los labios y cuando lo hice… ¡No! ¡Le vi rascándose! ¡Estaba rascándose disimuladamente el paquete!

— ¿Te gusta? — preguntó.

— Me encanta — respondí, fingiendo no haber visto lo que en realidad acababa de ver.

Le besé suavemente los labios y comenzamos a cenar. Pero claro, no disfruté ni un solo segundo de la cena.
Guillermo, de forma disimulada, se estuvo rascando toda la noche. Pensé que

si aún no sabía que tenía hongos no tardaría demasiado en enterarse y en decírmelo, claro. Y entonces le confesaría la verdad: que el antibiótico me los había provocado y que creí que no se los había contagiado. Bueno, al menos esa era la verdad que le diría a él.
De postre comimos una macedonia de frutas — él sabía que estaba cuidando la línea antes de la boda — y después nos quedamos charlando un rato bajo la luz de las velas. Todo muy romántico, sí.

— Creo que deberíamos irnos a dormir… — propuso — , mañana tenemos la cita con el notario para escriturar la casa y deberíamos estar despejados para entonces.

— ¿Mañana?

No lo recordaba.

— Sí, cariño… Mañana…

Me cogió de la mano y tiró de mí para levantarme de la mesa. Sentí que las piernas me fallaban, pero mantuve el equilibrio y dibujé la mejor de mis sonrisas.

“Pues nada”, pensé, “mañana estaré prometida y tendré mi propia casa”.

14
Consciencia, inconsciencia

No dormí en toda la noche.
Creí que las palabras del doctor no me pasarían factura, pero me equivoqué. Me pasé la noche en vela sopesando cómo iba actuar si, al día siguiente, la señora de rojo decidía no acudir a nuestra cita mensual. ¿Sería capaz de hacerme un maldito test para salir de dudas? ¿Y si estaba embarazada? ¿Qué iba a hacer? Pensé en lo difícil que era que una mujer se quedase embarazada a la primera. Había escuchado a amigas de mi madre decir que habían tardado años, probado mil posturas e incluso tratamientos. ¿Qué probabilidades había de que la píldora hubiera fallado? Y en caso de haberlo hecho... ¿Qué probabilidades había de que pudiera haberme quedado embarazada?

Me revolví, inquieta, y miré el despertador.
Eran las cuatro de la mañana, pero yo continuaba como un búho, observando fijamente el techo blanco mientras escuchaba la profunda respiración de Guillermo. Le miré. Parecía estar soñar con algo agradable… ¡Y, ay! ¡Qué guapo era! Aún seguía preguntándome a mí misma por qué había caído tan bajo como para acostarme con Álvaro; aunque supongo que había dejado de importarme la respuesta. Si alguien me acusaba de haberlo hecho yo juraría por mi inocencia hasta la muerte. A fin de cuentas, era su palabra contra la mía, ¿no?

Salí de la cama sigilosamente y caminé de puntillas hasta el baño. Cerré la puerta despacito, para no despertarle, y encendí la luz. Bien, seguro que mi chico tenía alguna pastilla para conciliar el sueño. Empecé a rebuscar en los cajones, pensando que si me tomaba un somnífero y conseguía dormirme aún tendría por delante unas tres o cuatro horas para descansar un poquito. Lo suficiente, al menos, para no acudir al notario con las mismas ojeras que un

oso panda. Pero mientras rebuscaba concienzudamente encontré algo que sin duda no me esperaba. En realidad, encontré varias cosas que no sabía muy bien cómo asimilar.

Lo primero: preservativos.
No era algo que me sorprendiera, porque durante los primeros meses de nuestro noviazgo yo aún no tomaba la píldora. Podían ser de aquel tiempo y por esa razón seguían guardados en un cajón; solamente por si acaso algún día volvíamos a necesitarlos. Pero… lo segundo no supe muy bien cómo explicarlo. ¡Guillermo tenía una maldita crema anti-hongos guardada en el cajón! La reconocí de inmediato porque era la misma que mi doctor me había recetado a mí. Pero aquello no tenía ningún sentido. ¿Por qué no me había dicho nada al respecto? Su actitud hacia mí no había cambiado así que la única opción que se me ocurría era pensar que Guillermo creía haberse contagiado… por otra.

— Mierda…

Respiré hondo mientras me repetía a mí misma, una y otra vez, que Lucía tenía razón.

— ¿Daniela?

La voz adormecida de Guillermo me llegó desde el otro lado de la puerta.
¿Y si no me lo había contado por vergüenza? ¿Y si se pensaba que los había cogido en el gimnasio y no quería hacer ningún comentario al respecto? Sí, cabía esa posibilidad.

— ¿Estás bien?

— Sí, tranquilo. Ya salgo.

Me sentí confusa y tuve la sensación de que estaba intentando culpar a Guillermo de los mismos pecados que yo había cometido. “Cree el ladrón que todos son de su condición”, me recriminé.

Volví a colocar todo en su sitio, me mordí el labio y salí al exterior.

— ¿Estás bien? — repitió al verme, preocupado.

No debía de tener buena cara.

— Tranquilo, estoy bien — aseguré — , es que no consigo dormir.

Él sonrió con ternura, me pidió que me tumbase a su lado y me abrazó.

— No te preocupes, cariño, es normal. Sé que los cambios te asustan y… mañana será un día importante.

Sentí el calor de su cuerpo en mi espalda y me sentí bien, arropada y amada. Me repetí mentalmente que tenía que dejar de pensar tonterías y centrarme en lo importante: yo quería a Guillermo y anhelaba comenzar una nueva vida con él. Eso era lo único que debía ocupar mis pensamientos.

Al final, aunque me costó, me dormí.

Cuando amanecí gracias a la irritante melodía del despertador me dije a mí misma que por mucho que me torturasen todas aquellas malas ideas sobre mi futuro marido, evitaría darles mayor importancia de la que tenían. Sí, Guillermo tenía hongos y no me lo había dicho, ¿y qué? Yo tenía hongos, me había acostado con otro y… ¡tampoco le había dicho nada! ¿Estaba yo en posición de juzgarle?
"El que esté libre de pecado que tire la primera piedra".
Lo único que necesitaba con urgencia era poder olvidar toda aquella pesadilla y continuar con mi vida.

Le besé en la frente, me di una ducha y, mientras él se arreglaba, decidí ir preparando el desayuno. Desde que me había despertado sentía una presión horrible en el vientre, así que intuía que de un momento a otro tendría la regla. Eso último me puso de tan buen humor que me permití echar en la plancha unas tortitas. Mientras el café se hacía decidí que podía llamar a Lucía para ponerla al día de mis últimas novedades.

— Buenos días, dormilona — la saludé.

— Estas horas no son normales — protestó — , ¿es qué te has caído de la cama?

Me reí de forma tonta.

— Venga, anda, deja de quejarte que en unas horas tu mejor amiga tendrá una propiedad a su nombre.

— Ya tienes un coche.

— Ahora también tendré una casa — señalé de buen humor.

Me sorprendí a mí misma con el cambio radical que había dado.
No estaba ansiosa, ni preocupada, ni tenía miedo. Estaba… feliz.

— Me alegro, nena — murmuró con voz adormilada —. ¿Quieres que luego lo celebremos? ¿Cenamos?

— Vale. ¿Qué te apetece? ¿Sushi? — propuse, evitando así que Lucía pudiera decantarse por ninguna comida grasienta.

— Bien… Te veo luego.

— ¡Hasta luego, Lu!

— ¡Eh, eh! — exclamó antes de cortar —, espera, no cuelgues.

La cafetera comenzó a silbar.

— ¿Qué pasa?

— Tengo que hacerte una pregunta importante… ¡Casi se me olvida!

Escuché a Guillermo acercarse a la cocina.
Sabía que aquellos últimos días su aversión hacia mi amiga había ido en crecimiento, así que no me apetecía que me viera charlando animadamente con ella. Lucía seguiría siendo mi amiga — le gustase o no —, pero estaba intentando que el ambiente de "paz y amor" durase lo máximo posible entre nosotros.

— ¿Me sirves una tacita de café, cielo? — preguntó Guillermo, sentándose en la barra americana.

Sonreí y asentí.

— Lu, ahora no puedo hablar — murmuré con una sonrisa.

— Es que Álvaro me mandó un email ayer pidiéndome tu contacto — explicó —, tu teléfono, tu email… algo.

— Ya — respondí falsamente para que Guillermo no pudiera intuir de qué estábamos hablando.

— ¿Se lo doy?

— ¡NO!

Guillermo me miró extrañado y yo volví a recuperar mi sonrisa.

— Vale, vale… No se lo doy — respondió Lucía a través del auricular —. Últimamente estás tan estresada que voy a empezar a pasarte un poco de maría, a ver si así te relajas.

— Bueno, ya hablaremos del tocado de dama de honor — respondí sin venir a cuento, disimulando —. Pero ni se te ocurra volver a hablar de ese tema con mi madre. Hasta luego…

Y sin decir nada más, colgué.

Guillermo me escrutaba con el ceño fruncido, esperando alguna explicación.

— Esta mujer es un desastre…

— ¿Qué le pasa? ¿Qué tocado quiere llevar? ¿No será alguno de sus rollos *vintage*? — inquirió, dejando claro que no le agradaba en absoluto la idea.

Sentí que me faltaba el aire y me acordé de eso de "se le pilla antes al mentiroso que al cojo" o lo otro de "las mentiras tienen las patitas muy cortas". Aquel era el maldito día de los refranes.

— Pues no sé qué tontería me ha dicho… No me he enterado bien — mentí de forma atropellada y poco creíble mientras, temblorosa, servía el café en la taza.

La mano me temblaba tanto que cuando fui a cogerla, el café se desbordó y se derramó sobre mi blusa.

Guillermo se levantó, apresurado, y me preguntó si me había quemado. Le

respondí que no mientras evaluaba los daños con el corazón a mil por hora. ¿Para qué diablos quería Álvaro mi número de teléfono? ¿Es qué se había vuelto loco? Si tenía la esperanza de que él y yo pudiéramos volver a… bueno, eso, a acostarnos, es que estaba muy pero que muy equivocado. Tragué saliva.

— ¡Te has puesto perdida, cielo! — exclamó.

Intenté calmarme, pero tenía el presentimiento de que si no salía del apartamento de Guillermo lo antes posible sufriría otro irremediable ataque de ansiedad.

— Tranquilo — respondí, nerviosa — , iré a casa a cambiarme. Nos vemos en el notario…

Me deshice de él y salí disparada a por mi bolso.

— Daniela, son las ocho y media. No creo que te dé tiempo a…

— ¡Me daré prisa, cariño! — aseguré, despidiéndome de él con un beso — . No puedo escriturar mi casa de esta manera… — añadí, señalándome la blusa.

Y sin decir nada más, desaparecí por la puerta.

Cuando me metí en el ascensor y supe que por fin estaba a solas empecé a hiperventilar. Cerré los ojos, agobiada, y procuré contener la calma. Tenía poco tiempo y muchas cosas que hacer: cambiarme de blusa y escriturar la casa.

Sí, eso, escriturar la casa no era para tanto. Pero Álvaro quería mi número. Yo tenía hondos. La regla no me bajaba…

— Yo, tú, él… Nosotros, vosotros, ellos… — recité en voz alta, procurando no sufrir una crisis psicótica.

No sé porqué comencé a canturrear en voz alta los pronombres. Solamente sé que eso fue lo primero que se me ocurrió para calmarme. Los repetí varias veces hasta que el ascensor llegó abajo y las puertas se abrieron.

Si no me relajaba terminaría, nuevamente, desmayándome y de camino a un

hospital.

¿Por qué tenía la sensación de que mi vida era un auténtico desastre?

15
Una firma

Subí a casa, me cambié la blusa, volví a bajar y me monté en el coche. Solamente tenía que conducir hasta la notaría donde Guillermo, mi madre y mi suegra me estarían esperando y firmar los papeles. El plan era muy lógico y sencillo pero, desde hacía un tiempo parecía que mi cabeza tenía poder propio de decisión y no quería cumplir con mis órdenes — ¿o quizás fuera al revés y mi corazón se estuviera anteponiendo a la lógica de mi vida? —.

Conduje distraída y pensativa. A aquellas tempranas horas el tráfico de Madrid era denso. Mi teléfono móvil vibró varias veces con el nombre de "Guillermo" y de "mamá" alternándose en la pantalla. Como no me apetecía lo más mínimo hablar con ellos, aproveché un semáforo en rojo y envié un mensaje de texto avisándoles que estaba de camino. De nada servía alargar los minutos antes de llegar, pero tenía claro que necesitaba relajarme y recordarme a mí misma las prioridades antes de firmar los papeles. Aquellos últimos días estaban provocando que una vorágine de sentimientos desconocidos arrasasen con mi calma y, sinceramente, yo no tenía ni idea de cómo afrontarlos.

Mi vida siempre había sido tan pulcra, ordenada y sencilla que pocas cosas habían quedado al azar y al destino. Mi madre se había encargado siempre de que así fuera, pero… Pero al parecer, si yo tomaba las riendas, todo se iba a pique. Deseé volver a ser aquella niña tímida que únicamente debía satisfacer a su mamá y dejarse influenciar por su alrededor — siempre que no fuera por Lucía, claro — .

De pronto, me vi aparcada frente al taller de coches del padre de Álvaro. No supe qué me había llevado hasta allí ni por qué razón había acudido; pero allí estaba, plantada frente a él. Me esquiné en doble fila sin saber muy bien qué

esperaba encontrar. El portón estaba abierto; había un coche elevado y el padre de Álvaro trabajaba en el interior de su motor vestido con un buzo azul y grasiento. Estaba claro que ahí no se me había perdido nada… Aquella no era mi vida. Le vi. Él también me vio a mí, claro, porque nuestras miradas se chocaron y paralizaron el tiempo, el mundo y la galaxia. Sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo y cuando por fin conseguí volver a la realidad, me percaté de que Álvaro también iba vestido con un grasiento, sucio y asqueroso buzo de mecánico. Comprendí entonces que, con casi total probabilidad, lo de la universidad debió de quedársele demasiado grande para él.

Dio un paso hacia mí, pero se detuvo.
Y un instante después, mi teléfono móvil comenzó a vibrar. Descolgué como una autómata, aún con la vista muy fija en Álvaro.

— Por favor, dime que estás llegando… El notario está desesperándose, cariño.

— Dame un minuto — respondí con convicción.

Corté la llamada y pisé el acelerador pensando en él. En Álvaro.

Todos, incluidos los profesores, sabían que el muchacho no llegaría a nada más. Era muy listo, quizás el más listo de la promoción, pero su familia era demasiado humilde y Álvaro debía de trabajar para contribuir con la nómina familiar. Eso si querían llegar a fin de mes y evitar un embargo.

Cuando Álvaro y yo salíamos lo sabía. Sabía que era pobre. Pero en aquellos tiempos yo aún era joven, alocada y despreocupada. No pensé qué sería de mi futuro si, por un casual del destino, terminábamos juntos. Sacudí la cabeza y me dije a mí misma que ya no era esa niña alocada que no sabía muy bien qué esperar de la vida. Ahora lo tenía claro.

Llegué con una hora y diez minutos de retraso. Me disculpé con todo el mundo y, avergonzada, me apresuré a firmar donde el notario me indicó sin siquiera releer la documentación. Mi firma era lo único que faltaba para continuar adelante con la transacción.

Cuando salimos del notario mi madre y Ágata nos invitaron a tomar un café en el club de deporte que frecuentaba mi padre. Guillermo parecía el hombre más

feliz del mundo y ellas también estaban encantadas, así que yo me permití olvidarme de todos mis problemas y disfrutar de la felicidad que me rodeaba.

¡Por Dios! ¡Acababa de comprarme una casa con Guillermo!
Aquello era un paso enorme, sin duda. Y ya estaba hecho, sin vuelta atrás.

— Deberíamos comenzar a organizar la mudanza cuanto antes para que el tiempo no se nos eche encima — propuso Guillermo.

Ágata estuvo de acuerdo y, un segundo después, mi madre sacó dos cajas y las dejó frente a nosotros.

— Un pequeño regalo para mostraros mis buenos deseos.

— ¡Oh, mamá! ¡No hacía falta! — respondí, esforzándome por estar de buen humor y no agobiarme.

"Hoy es un día feliz", me repetía a mí misma una y otra vez.
Pero entonces… ¿Por qué llevaba una semana con aquellas intensas ganas de llorar? ¿Deseando desaparecer?

Cada uno abrió una de las cajas; eran dos preciosos llaveros de diamantes. A mí me había regalado una "G" y a Guillermo le había regalado una "D"

— Recordad siempre que el hogar es aquel en el que uno encuentra el amor — murmuró.

Y por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, pensé que mi madre era muy real. Y que tenía mucha razón.

— Muchas gracias, Leticia. Es un regalo precioso — aseguró Guillermo antes de deslizar su brazo por mi cintura.

— Disculpadme un momento, por favor — murmuré, levantándome de la mesa con la mejor de las sonrisas para ir al baño.

Entré en los lavabos y me sequé la lagrimilla rebelde que estaba resbalando por mi mejilla. Controlé mi respiración y mi ansiedad — me estaba volviendo una verdadera experta en relajación — y me bajé las braguitas para hacer pis. No tenía ganas pero aún así hice un esfuerzo. Cuando me limpié miré el papel; no había rastro de sangre.

— Joder…

¿De verdad había dicho “joder”?
Empezaba a parecerme a Lu bastante más de lo que me gustaba.

16
Sushi y… farmacia de guardia

Lu llegó puntual a mi apartamento.
Colocó las bolsas con sushi sobre la mesa y después se abalanzó sobre mí como una loca, gritando que por fin su mejor amiga había asentado la cabeza.

— Idiota — me reí, golpeándola levemente mientras sacaba los platos — . ¿Agua?

Ella negó.

— ¿Vino?

Lo medité unos instantes.
Aquellas últimas semanas había cogido la mala costumbre de beber asiduamente y no me gustaba. Pensé que por un par de copitas no pasaba nada, pero después recordé que aún no me había bajado la regla y que cabía la posibilidad de que estuviera embarazada. Un bebé, ¡por Dios! Empezaba a pensar que alguien me había echado un mal de ojo para que mi vida se fuera al traste. "¿Pueden las embarazadas beber alcohol?", me pregunté. No conocía la respuesta a ciencia cierta, pero supuse que tampoco iba a pasarme nada por hacerlo. A fin de cuentas, si la regla no bajaba y el maldito test terminaba dando un resultado positivo, abortaría. Lo haría sin dar explicaciones, en secreto. Miré a Lucia, que estaba sirviendo el sushi en los platos, y sopesé si debía contárselo o no. Decidí, al menos por el momento, no involucrar a nadie más en aquel maldito asunto. Sí, aún no me había bajado la regla pero… Estaba convencida de que todo era psicológico. Los nervios, los malditos hongos, el estrés y el agobio de poder haberme quedado embarazada. Todo me estaba pasando factura.

— ¿Me vas a contar qué te preocupa tanto, Dani?

Me dejé caer en el sofá, mirando fijamente la copa de vino blanco como si, de pronto, se hubiera convertido en veneno.

— No me preocupa nada — mentí — , estoy feliz.

Ella me lanzó una mirada fulminante.

— Te conozco… Y pareces cualquier cosa menos feliz.

No sé por qué, pensé en Álvaro.
Lo recordé con aquel buzo grasiento trabajando debajo de un coche y me dije a mí misma que la mujer que terminase con él sería una pobre desgraciada el resto de su vida. Una mujer que, seguramente, tendría que cuidar de su suegro y contribuir mensualmente tanto con su casa como con la de la familia de su marido. "Pobre desgraciada", pensé.

A mí me esperaba un futuro muy diferente; muy feliz. Seguramente, el día que Guillermo y yo tuviéramos hijos yo dejaría de trabajar. Podría, incluso, hacerlo después de la boda… Pero pasarme de vez en cuando por la oficina me relajaba. Trabajar era importante para mí; la forma de distraerme y poder desconectar de los problemas.

Terminamos de cenar. No bebí y prácticamente tampoco comí.
Lu no paraba de repetirme, una y otra vez, que estaba empezando a preocuparse y que si no cambiaba de actitud llamaría a Iker Jiménez para que investigase el misterio. Me reí como una tonta y volví a negar que algo pudiera pasarme. Simplemente no estaba de demasiado buen humor y no me apetecía hacer nada. Mi querida Lu terminó con todo el sushi — según ella tirar la comida era un verdadero pecado — y después se marchó a su casa, recalcando que se iba muy triste y preocupada.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué no era feliz si tenía todo lo que deseaba?

Apagué las luces de la sala, me desnudé de cintura para abajo, me puse la maldita crema anti-hongos y, abierta de piernas, me tumbé en la cama. "Si mi madre me viera ahora mismo…" pensé, soltando una pequeña risita.
Por primera vez en todo el día fui consciente de que me había comprado una

casa con mi futuro marido. Puede que aún no fuéramos a vivir en ella, pero lo importante era que ya era nuestra. Teníamos algo en común. Un lazo que nos ataba. Y solamente pensarlo me creaba ansiedad.

Suspiré. Cerré los ojos y decidí olvidarme de todo.

Yo, tú, él… Nosotros, vosotros, ellos…

Los pronombres se habían transformado en mi táctica anti-estrés. No es que funcionaran a las mil maravillas, pero algo hacían. Al menos me distraían.
Me llevé la mano al vientre y, de forma involuntaria, me imaginé cómo debía de ser aquello de estar embarazada. Demasiadas responsabilidades, supuse. Implicaba dejar de pensar en una misma para pensar en conjunto, o peor, en exclusiva. La pequeña criaturilla que crecía en el vientre de una mujer se convertía en una prioridad absoluta desde ese día hasta… siempre. Supuse que ser madre debía de ser una experiencia preciosa y gratificante, pero demasiado sacrificada. Luego, aún con la mano en mi vientre, pensé en Guillermo. Quería ser padre… Y quería empezar a buscar bebés lo antes posible. Me dije a mí misma que, en caso de embarazo, aún tenía la posibilidad de continuar adelante; estaba convencida de que él lo amaría y querría. Sería una alegría, sin duda, tanto para Guillermo como para Ágata y mi madre. Además, faltaba muy poco para la boda y en las fotos aún no tendría un vientre abultado. Nadie se daría cuenta, claro, y todos pensarían que me habría quedado embarazada en la luna de miel.

— Ay, Dios… — murmuré en voz alta antes de soltar un gritito.

Ya está.
No podía soportar aquella odiosa incertidumbre más tiempo o terminaría volviéndome loca de remate.

Cogí el teléfono móvil, le mandé a mi amiguito *google* que buscase la farmacia de guardia más cercana y me vestí. Bajé las escaleras del portal con las braguitas empapadas de crema anti-hongos, puse el GPS en mi coche y me crucé medio Madrid con un solo objetivo: comprar un maldito test de embarazado.

17
Hacer pipí

Compré el test de embarazo.
Lo llevaba en la mano y sentía que pesaba lo mismo que un lingote de oro — nunca había cogido uno, pero tenía la seguridad que su peso sería similar al de aquel ¡maldito test! —.

Necesitaba salir de dudas cuanto antes o terminaría volviéndome loca de remate. Si el test daba negativo todo quedaría en un susto y me podría olvidar de aquella pesadilla… Y si el test salía positivo, bueno, entonces tendría que llamar a la clínica, solicitar cita para un aborto y rezar porque Guillermo no se diera cuenta jamás. De camino a la farmacia había tenido el tiempo suficiente para pensar sobre el asunto; no, no me veía capaz de engañar a mi futuro marido y de criar a un bebé que no sabía ni de quién era. En realidad la respuesta era aún más sencilla: no me veía capaz de criar a ningún bebé. No, al menos, durante los próximos años. Si Guillermo quería tener hijos tendría que esperar. Y punto. Aquello no era discutible.

Me subí en el coche. Tenía ganas de llorar, pero me obligué a mí misma a ser fuerte. Un poquito más de incertidumbre y después tendría el resultado en mis manos. Accioné el motor. Me disponía a salir del aparcamiento cuando vi a un par de chavales saliendo de un bar de copas que tenía frente a mí. Me mordí el labio. Tenía tanta curiosidad y necesitaba tanto quedarme tranquila que llegar hasta casa para hacer pis sobre ese trasto me parecía una eternidad. Apagué el motor, sujeté mi bolso contra mi pecho y me bajé del coche.

Mi madre, que siempre había tenido bien presente que la educación era muy importante, me había enseñado que estaba muy feo utilizar los servicios de un establecimiento sin consumir antes. De manera que pasé al interior, me infiltré entre la muchedumbre y conseguí hacerme un hueco en la barra. El local de copas estaba casi en la penumbra y lo único que lo iluminaba eran unas luces

de colores que enfocaban la zona de los sofás que había al fondo. Estaba hasta arriba de gente joven, más o menos de mi edad. Bueeeeno, quizás más jóvenes que yo. Pedí una coca-cola light, la pagué, le di un sorbo y salí corriendo a los aseos. Pasé al interior con las manos y las piernas temblorosas y saqué el aparatito del interior de mi bolso. Me temblaban tanto las manos que me costó sacarlo de la cajita de cartón.

— Muy bien… — murmuré en voz alta.

Escuché voces al otro lado justo antes de que alguien golpeara la puerta.

— ¡Está ocupado! — grité, poniéndome cada vez más nerviosa.

Saqué las instrucciones; no tenía ni idea de cómo debía de utilizarse aquel aparatito. Hacer pis en el palito y esperar entre cinco y diez minutos para saber el resultado. Una rayita significaba un "no embarazo", dos rayitas implicaban "embarazo". Vale, parecía sencillo.

Le quité la tapa, empecé a hacer pis y metí el palito debajo del chorro unos segundos. Después lo dejé sobre el lavabo, me limpié bien y me subí los pantalones. ¿Y si había hecho poco pis? ¿Y si tenía que haberlo dejado más tiempo debajo del chorrito? Sacudí la cabeza. Si tenía dudas volvería y compraría otro test, pero primero probaría suerte con aquel.

Las chicas de fuera volvieron a golpear la puerta.

— ¡Qué está ocupado, ostia! — grité de malhumor.

Fui consciente de que el estrés estaba sacando la peor parte de mí, pero en aquellos momentos tan tensos no me importó lo más mínimo. Cuando mi vida regresase a su cauce real ya me preocuparía por recibir un par de clases intensivas de educación y sociabilización por parte de mi madre. Tres días con Leticia y uno aprendía latín.

Solamente habían transcurrido un par de minutos, pero aún así no fui capaz de resistirme y cogí el palito para echarle un vistazo. En él se podían ver dos rayas muuuuy marcadas, lo que significaba que no había embarazo.

— Un momento… — murmuré cogiendo las instrucciones de nuevo — . Dos rayas, dos rayas… Embarazo.

Sentí que me fallaban las piernas y, blanca, me senté sobre la tapa del inodoro. Por Dios… Aquello no podía ser real. Aquello no podía estar pasándome a mí. Cogí aire y lo contuve en mi interior todo lo que fui capaz. Cuando lo expulsé no pude evitar echarme a llorar de forma desconsolada. Un maldito error; una noche estúpida y absurda con un ex de mi infancia me estaba destrozando la vida. Me estaba quitando todos mis sueños, me estaba arrebatando la felicidad. Sentí que todo comenzaba a girar y girar a mi alrededor y me sujeté a la pared. Tenía ganas de vomitar. En realidad… ¡tenía ganas de morirme!

— Vale, vale… Ya está — me dije a mí misma, procurando animarme.

No era el fin del mundo y aquella situación podría arreglarse. Lo primero de todo era hablar con Lucía. Sí, ella sabría qué era lo que debía hacer porque Lu siempre tenía una respuesta ante cualquier situación posible. ¿La tendría incluso para aquella? Lo segundo esperar a las ocho de la mañana del día siguiente y llamar a una de "esas clínicas". Tenía que interrumpir el embarazo antes de que la situación se desmadrase aún más. La tercera… La tercera estaba por verse.

Metí el test, la caja y las instrucciones de forma brusca y desordenada en el interior de mi bolso y salí al exterior. Las chicas que estaban esperando para pasar me fulminaron con la mirada, pero no me importó lo más mínimo. Estaba demasiado ocupada pensando que mi vida se había ido al traste y que en aquellos instantes la situación no podía empeorar más. Era imposible. ¿Qué más me podía ocurrir? Me mordí el labio inferior con fuerza en un intento vano de no echarme a llorar. No lo conseguí porque, mientras esquivaba a la gente del local, las lágrimas se derramaban por mi rostro.

— ¡Eh, eh!

Sentí que alguien me sujetaba del brazo y me giré para comprobar de quién se trataba. El mundo se me vino encima cuando, de pronto, le vi allí. Álvaro… Estaba guapísimo con un polo blanco y unos vaqueros ajustados; muchísimo mejor que vestido de Elvis, claro. Mi llanto se intensificó aún más y sacudí el brazo para liberarme de sus garras. Pues al parecer estaba equivocaba. La situación SÍ podía empeorar aún más.

¿Qué probabilidades había de que, de todos los locales de Madrid, yo hubiera entrado a hacer pis en un test de embarazo en el mismo sitio en el que estaba él? ¡Dios, era surrealista!

— ¡Espera, princesa! — gritó.

Sentí que me perseguía, pero no me detuve.
En aquel momento Álvaro se había convertido en la última persona que quería ver en mi vida. Quería olvidarle, hacerle desaparecer. Quería que cambiase de país o, mejor aún, que se desintegrase del mundo.

— ¡Espera, Dani! — gritó, tirándome del brazo.

Me giré de forma brusca y mi bolso se cayó al suelo. Vi cómo todo su contenido se desparramaba sobre los pies de Álvaro y, deshecha en un mar de lágrimas, me quedé mirando muy fijamente el maldito test de embarazo.

— Yo… lo siento — tartamudeó, confuso, antes de agacharse para recoger mis pertenencias.

Podía haber intentado ser más rápida, arrebatarle el bolso y recoger el test antes de que pudiera verlo. Pero no lo hice. Me quedé allí, de pie, observándole fijamente. Él recogió varias pertenencias y, después, se percató del test. Lo miró fijamente unos segundos y después alzó la cabeza para clavar su mirada en mí. Madre mía… Álvaro era guapísimo. Incluso más guapo que Guillermo. Tenía aquel *je ne sais quoi* que desde niña me había traído de cabeza y cuesta abajo; ese sexapil que me había hecho enloquecer por él en una y mil ocasiones más.

— ¿Estás embarazada?

— Me intentaste joder la vida cuando no era más que una niña, pero no vas a destrozármela ahora — escupí con rabia e ira —. ¿Te queda claro, Álvaro? Tú y yo no pertenecemos al mismo mundo… Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

No estaba respondiendo a su pregunta porque decir "sí, estoy embarazada" en voz alta implicaba que aquello fuera de verdad.

— Dani… — repitió él, ojiplático, sin apartar la mirada de mí —. ¿Estás embarazada?

— Me he comprado una casa con Guillermo, me voy a casar con él… Voy a ser feliz — solté a bocajarro.

Tenía la horrible sensación de que si lo repetía en voz alta muchas veces, quizás, conseguiría creérmelo. ¿Iba a ser feliz? ¿Conseguiría ser feliz con Guillermo? ¿Por qué no podía quitarme aquella ansiedad de encima?

— Dani… ¿Es… mío?

Nos retamos con la mirada. Ambos parecíamos confusos, heridos e igual de alterados. El pecho de Álvaro se inflaba y desinflaba de forma violenta. Sus ojos estaban encharcados… Parecía que, de un momento a otro, él también se echaría a llorar.

— No lo sé… Y tampoco lo quiero saber. Voy a abortar — dije, llorando — , Yo… No quiero volver a verte, Álvaro. Aquella maldita noche en la piscina fue un error que me está costando demasiado… Y yo… Yo no quiero estar con un mecánico, ¿lo entiendes? Yo me merezco mucho más.

Él parecía demasiado impresionado con mis palabras para poder contestar. Y yo, nada más decirlas, sentí que un nudo se me formaba en la garganta. Era arrepentimiento. Sabía perfectamente que no era más que Álvaro pero… La realidad era que sí, que nuestros mundos eran muy diferentes.
Él estaba mudo, pero al final consiguió abrir la boca para decirme algo.

— Dani, habla conmigo… por favor — suplicó temblorosamente.

Parecía un pobre perrito abandonado.

— No quiero volver a verte — repetí, quitándole el bolso de un tirón y echando a correr hacia mi coche.

Necesitaba con urgencia a Lu.

18
Un cigarro y una amiga

Ni siquiera recuerdo muy bien cómo llegué hasta la urbanización de Lucía. Supongo que fue un auténtico milagro que consiguiera llegar sana y salva hasta allí si tenemos en cuenta que conduje hecha un flan, empapada en lágrimas y con el volante poco sujeto. Las manos me temblaban y mi pulso parecía disparado. No quería imaginar cómo estaría mi tensión.

Cuando aparqué frente a su enorme caserón me relajé un poco. Estaba convencida de que Lucía era todo lo que necesitaba para solucionar aquel quebradero de cabeza en el que me había metido por un error. ¡Un puñetero error!

Comencé a rebuscar mi teléfono móvil en el interior de mi bolso y, mientras lo hacía, me topé con el llavero de la inicial de Guillermo que mi madre nos había regalado por la adquisición de la casa. Guillermo…
Sacudí la cabeza y me dije a mí misma que continuar con la boda y con todo aquel berenjenal no tenía el más mínimo sentido si antes no solucionaba mis problemas. Marqué el teléfono de Lucía y esperé varios tonos a que contestara.

— ¿Dani? — preguntó, sorprendida.

Eran las dos de la madrugada y hacía varias horas que nos habíamos despedido.

— Estoy aparcada frente a tu casa… Necesito hablar contigo.

— Vale, te abro. Entra.

Respiré profundamente.

— No, sal tú, por favor. Creo que tengo una crisis de ansiedad y si doy un paso temo que me vaya a desmayar…

Lucía tardó unos segundos en responder.

— Ahora bajo. No te muevas de donde estás.

Como buena amiga que era, no tardó ni dos minutos en salir de su casa y en subirse al coche. Iba vestida con un pijama rosa de ositos y sus queridas zapatillas de casa con orejas de conejito. No hice ningún comentario respecto a su indumentaria, aunque me dije a mí misma que ni en mis peores pesadillas habría salido así vestida ni a tirar la basura. Pero claro, Lu no tenía vergüenza. Aquel adjetivo no formaba parte de ella.

— Cuéntame ahora mismo qué pasa porque empiezo a estar muy preocupada, Dani — me increpó, cruzándome de brazos.

Yo aspiré, suspiré y volví a repetir aquel proceso varias veces hasta que me vi preparada para soltarlo todo.

— El día que me desmayé en la prueba de vestidos me recetaron un maldito antibiótico para la infección que tenía. Estaba tan ansiosa que ni siquiera me enteré muy bien de los posibles efectos secundarios… y aquí estoy, padeciéndolos en silencio mientras me debato entre una muerte por sobredosis o tirarme desde un décimo.

Lucía pestañeó, incrédula.

— Bien, veamos… Ilumíname. ¿Cuáles son esos efectos secundarios de los que tanto te quejas? Seguro que no son…

— Tengo hongos… ahí, abajo — dije, señalándome la vagina mientras mi amiga se echaba a reír como una loca — , y lo peor — continué con la voz temblorosa — . Estoy embarazada.

Lucía abrió los ojos como platos y se tapó la boca con ambas manos. Su risa se extinguió de inmediato.

— Ostia puta — susurró cuando fue capaz de recuperar el habla — . ¡Joder, Dani!

— Sí… Joder — suspiré, agotada.

Frunció el ceño mientras rebuscaba en los bolsillitos de su pijama.

— ¿Y le has pegado los hongos al estirado de Guille?

Le pegué un manotazo y la fulminé con la mirada.

— Que estoy embarazada, Lu… No es ninguna broma.

— Lo sé, lo sé — murmuró, sacando un paquete de tabaco y un mechero. Yo abrí las ventanillas del coche — . ¿Y sabes de quién es? Supongo que será de Álvaro… ¿No?

Me tendió un cigarrillo y yo lo rechace. Nunca había fumado y no iba a empezar a hacerlo en aquel instante.

— ¡Joder, Dani! — exclamó — . Al bebé no le va a pasar nada por un puto cigarrillo.

"Ni siquiera quiero al… bebé", pensé. Pero la palabra bebé me perturbó de un modo que, hasta entonces, no habría llegado a imaginar. "Un bebé". Se estaba formando un bebé en mi interior y…

— Estoy asustada — confesé, cogiendo el cigarrillo encendido y dándole una fuerte calada.

Empecé a toser como una loca y Lu me dio un par de palmaditas de apoyo en la espalda.

— ¿El bebé es de Álvaro? — repitió la pregunta sin mirarme.

Parecía en shock. Y no me extraña.

— No lo sé. Al día siguiente Guillermo y yo nos acostamos.

Me escrutó con el ceño fruncido.

— ¿Folláis una vez al mes y tuvisteis que hacerlo en ese momento?

Yo asentí moviendo la cabeza lentamente antes de aspirar otra calada.
Bien, hablar con Lu, al menos, me estaba relajando un poco.

— ¿Y qué hago ahora?

Ella negó y yo, hundida y agotada por partes iguales, sujeté su mano en busca de apoyo.

— No lo sé, Dani… Tienes varias opciones — comenzó a decir con el tono de voz muy serio. Casi ni siquiera sonaba como ella solía ser —: puedes seguir adelante con el embarazo, callarte lo de Álvaro para siempre y tener a ese niño con Guillermo — explicó, sopesando una de las opciones en las que yo ya había meditado —. También puedes hablar con ambos, explicarles que estás embarazada y esperar a ver cómo reaccionan…

— ¿Y la siguiente opción?

— Ya la sabes… Abortar.

Lucía era un alma libre y rebelde, pero sabía muy bien que tenía sus objeciones con lo que respectaba a la ley de abortos. Consideraba que era una vía que únicamente se debía utilizar en casos muy violentos o desesperados… Y no necesité preguntarle para saber que ella no considera mi caso ni violento ni desesperado. Sí, podía hacerme cargo de un bebé pero… ¿Estaba preparada para algo así?

— Creo que será lo mejor — respondí mordiéndome el labio.

— ¿Qué crees que diría Álvaro si se enterase? — preguntó.

Supuse que ya podía imaginarse que Guillermo saltaría en alegría en el caso de recibir una noticia de tal índole. Él deseaba formar una familia, así que el embarazo no supondría ningún problema.

Dudé sobre qué contestar. Podía decirle la verdad y explicarle que Álvaro ya lo sabía pero… De haberlo hecho habría complicado la situación aún más.

— No lo sé. Supongo que no querría un problema de este estilo en su vida — mentí.

— La decisión es tuya — aseguró —, pero no tienes por qué precipitarte. Tienes tiempo para meditar las cosas con calma y actuar con madurez.

Pestañeé incrédula.

¿De verdad Lu acababa de decir algo así? No sonaba a ella. Para nada.

Tiré el cigarrillo por la ventanilla y nos quedamos en silencio un buen rato. Lloré durante unos minutos y ella me abrazó, estrechándome con fuerza entre sus brazos. Después sufrimos un ataque de risa y ambas estuvimos de acuerdo en que "La vida de Dani… era un auténtico desastre". Y aunque no dejaba de repetirme que aquella maldita fiesta había marcado un antes y un después, estaba equivocada. En realidad llevaba muchas semanas sufriendo ansiedad antes de que Álvaro reapareciera en mi vida para poner la guinda al pastel.

Quince minutos después, le prometí a Lucía que aquella noche me iría a casa, dormiría hasta tarde y no pensaría en nada hasta la mañana siguiente. Según ella, necesitaba tener la cabeza despejada para tomar una decisión.

— Prométemelo — musitó con preocupación.

— Te lo prometo.

Y mentí.

19
Desvío en el trayecto

Mi intención en aquellos instantes era, tal y como le había prometido a mi amiga, marcharme a casa, dormir, descansar, y sopesar las opciones que tenía cuando amaneciese al día siguiente. Ésa había sido mi intención, claro, pero mientras conducía de camino a mi apartamento un millón de dudas, preguntas y sentimientos comenzaron a borbotear en mi interior creando como resultado un coctel molotov.

No podía continuar de aquella manera; cerrando los ojos ante mi vida y esperando a que pasase sin que yo formara parte de ella. Le había sido infiel a Guillermo y ahora me veía en una situación surrealista, sí. Pero… ¿me estaba él siendo infiel a mí? ¿Confiaba en él? Y la pregunta más importante: ¿le amaba? Entre todas aquellas preguntas encontré algo que me había estado intentando negar a mí misma: tenía miedo. Tenía miedo de defraudar a mi madre, de no estar a la altura de las circunstancias y de dejar escapar un futuro perfecto cuando, en realidad, no era perfecto para mí. No, no estaba enamorada. Ésa era la respuesta más sincera que podía darme a mí misma. Nunca lo había estado, aunque tampoco puedo decir que nuestra relación no hubiera sido bonita. Sí, estaba casi convencida de que Guillermo me era infiel. Lucía tenía razón cuando decía que buscaba fuera de casa lo que yo no le daba. Y lo peor; no se lo daba no porque no quisiera, sino porque hubiera estado tan mal visto que después no habría sabido ni dónde esconderme. Y no. No confiaba en él y no lo había hecho nunca. Jamás le había contado mis problemas ni me había desahogado sobre mis asuntos personales. Para eso siempre había estado Lu, claro. Entonces, si continuaba con aquella farsa de boda, ¿qué iba a conseguir? La maldita vida idílica que mi madre me había

inculcado desde la cuna. Eso y poco más —por no decir nada más—.

Me planté frente a su apartamento y toqué el timbre de conserjería. El portero me reconoció de inmediato y me abrió la puerta. Me saludó con sorpresa —mi aspecto y las horas que eran decían poco a mi favor— y me escabullí lo más rápido que pude al ascensor. Cualquiera hubiera podido esperar que estuviera hecha un flan, pero la realidad es que no sentía nervios. Ni ansiedad. Ni malestar. Era como si, al llorar tanto, todos aquellos sentimientos los hubiera expulsado de mí. Me planté frente a su puerta y toqué el timbre. Supuse que estaría dormido, pero insistí muchas veces hasta que, al final, un somnoliento y ojeroso Guillermo apareció al otro lado.

—¡Por todos los Santos, Daniela! ¿Qué te ocurre?

Le aparté con suavidad y pasé al interior de su apartamento.
Teníamos que hablar y no podía permitir que la conversación se pospusiera hasta el día siguiente. Necesitaba terminar de sacarlo todo y sentirme… limpia. Segura de mí misma. Mi madre me odiaría por aquello pero supuse que con el paso del tiempo —y de los años— terminaría perdonándome.

—¿Pero qué te pasa?

Me senté en el sofá preguntándome si debía de contarle o no la parte de la infidelidad. Podía omitir aquel pequeño incidente y simplemente explicarle que lo nuestro era un error. Que no encajábamos. Que no estábamos hechos el uno para el otro.

—¿Daniela? —insistió con los brazos en jarras, observándome malhumorado.

Yo sonreí con pesar y le pedí que se sentase conmigo en el mismo instante en el que me percataba de que sobre la encimera de la sala había dos copas vacías. Una de ellas estaba manchaba de carmín. Pestañeé, incrédula, mientras intentaba encontrar una absurda explicación para algo semejante.

—Oh… ¿No pensarás qué…? —preguntó, cogiendo las copas y retirándolas de forma brusca y apresurada—. Es solamente una compañera del trabajo que se ha quedado a tomar la última en casa.

“A tomar la última en casa”, me repetí con un nudo en el estómago.
Por fin mis sospechas se hacían ciertas, por poco que me gustase admitirlo.

Tragué saliva y, evitando desmoronarme y echarme a llorar, le volví a repetir que se sentase. Teníamos que hablar.

— Tengo que contarte algo — comencé —. En la fiesta que Lucía organizó me encontré con un antiguo novio… Y nos acostamos.

Guillermo soltó una risotada.

— Si estás diciendo estas tonterías por lo de las copas… Daniela, no seas ridícula — me dijo con una sonrisa irónica —, es solamente una compañera. Te lo puedo asegurar… La conocerás en nuestra boda.

Necesité varios minutos para pensar qué debía contestar a eso.
“Sé apropiada y una señorita”, me decía mi cabeza. Pero mi corazón decidió que no tenía la más mínima intención de obedecerla.

— Puedo hacerme la tonta y fingir que no hacemos el amor porque eres así, y punto. Demasiado correcto hasta para eso… — escupí con rabia —, claro que sí. Puedo mirar a otro lado como hacen todas, ¿no? Pero que pensases llevar a tu putita a nuestra boda… — me reí con sorna —, eso ya me parece demasiado.

“¡Toma ya!”, me aplaudí, orgullosa de mí misma.
Ni siquiera me reconocía en aquella forma tan… sucia de hablar. Pero sabía muy bien que estaba diciéndole lo que se merecía. Ni más, ni menos.

— Daniela, por favor…

— Me acosté con Álvaro esa noche, pero lo que no sabía es que el antibiótico que me recetaron me traería un par de problemillas. No tenía pensado decirte nada — continué ante un descolocado Guillermo —, pero la cosa se ha complicado hasta tal punto que he decidido hacer lo correcto. Resulta que esos hongos que tienes te los he contagiado yo — dije, señalando su paquete —. Los he cogido por el antibiótico de las narices, que al parecer ha trastocado mi flora vaginal.

— ¿Qué estás…? — comenzó, incrédulo.

— Pero ése no es el problema principal — le corté. Tenía que decir todo del tirón o si no me arrepentiría — . El problema es que estoy embarazada… y no sé de quién es el bebé.

Guillermo parecía a punto de sufrir un shock anafiláctico. Se retorcía en el sofá con las manos en la cabeza mientras liberaba un gruñido que nunca antes le había visto hacer.
Me quedé callada y clavé la mirada en el suelo, esperando a que dijera algo antes de continuar. Sabía muy bien que no me marcharía de aquel apartamento sin antes haber roto nuestro compromiso, pero esperaba que tuviera la decencia de hacerlo él y de no hacerme pasar el mal trago. Sí, no era demasiado. Pero prefería decirle a mi madre que había sido Guillermo el que había roto conmigo incluso aunque una parte de la culpa fuera mía.

Al final se levantó y, sin decir nada, se acercó hasta el mueble buffet. Cogió una botella de whisky, se sirvió un vaso y después me miró fijamente.

— Te voy a dejar muy claro lo que vas a hacer, Daniela — su voz sonaba tan seria que sentí un escalofrío — , vas a perder ese embarazado y vas a borrar a ese tipo de tus recuerdos. ¿Lo entiendes? Nunca más vamos a volver a hablar de ello… — respondió, bebiéndose el contenido del vaso de un solo trago para volver a echarse más — , y de paso, te puedes seguir haciendo la tontita y mirando a otro lado. Creo que es lo que mejor se te da.

Su voz destilaba tanta rabia e ira que temblé. Sentí miedo. Nunca hasta entonces había visto al perfecto y educado Guillermo de aquella forma… Tragué saliva y, armándome de valor me levanté del sofá.

— Aún no he decidido qué va a ocurrir con el embarazo — sentencié — , pero sí he decidido que no voy a seguir adelante con nuestro compromiso. Mi abogado te llamará para solucionar el asunto de la casa… Puedes quedártela. A mí nunca me gustó.

Di un paso al frente pero Guillermo, rabioso, soltó un gritó antes de lanzar el vaso de whisky contra la pared. El cristal explotó, rodando por todas partes, y yo, dolida y confusa al mismo tiempo, pasé de largo sin mirar atrás. Ya estaba todo dicho y no quería seguir perdiendo el tiempo en aquel lugar.

— Daniela — gritó mientras yo abría la puerta — , si sigues adelante con ese embarazo no cuentes conmigo. No quiero saber nada de ti ni del bebé.

— Contaba con ello — respondí con un hilillo de voz antes de cerrar con suavidad.

Había sido mucho peor de lo imaginado, pero estaba hecho. Y la sensación que tenía era… de libertad.

Conduje de camino al apartamento convencida de que había hecho lo correcto. Aquella noche había conocido una faceta de Guillermo que jamás había intuido que poseía, lo que me llevaba a preguntarme qué más cosas desconocía de él. Casarme habría sido el error más grande de mi vida, seguro.

Aparqué a un par de manzanas de mi edificio. Podía haber metido el coche en el garaje, pero tenía la sensación de que el aire fresco de la madrugada me vendría bien para despejar la cabeza y borrar aquellos tormentos que acababa de vivir. Si cerraba los ojos podía escuchar el sonido del vaso explotando contra la pared… ¡Dios! ¿Guillermo siendo violento? Después pensé en la copa de vino manchada de carmín y en los preservativos del baño. Suspiré, consciente de que me había librado de una buena. No sentía pena, ni estaba preocupada o angustiada. Ni siquiera me importaba lo que mi madre o Ágata fueran a pensar de mí…

Me detuve a dos pasos del portal y me quedé mirando fijamente al chico que estaba durmiendo en el bordillo de mi edificio. Al principio pensé que debía de tratarse de un vagabundo o quizás de algún borracho, pero cuando me escuchó llegar y se incorporó le reconocí. Era Álvaro. Tenía el rostro pintado de agotamiento y parecía confuso, pero ahí estaba. Siempre dispuesto a hacer cualquier estupidez por… mí.

— Hola, princesa — me saludó con una leve sonrisa.

— ¿Cómo has sabido dónde vivo? — pregunté, pensando que debía de asesinar a Lucía cuanto antes. Sin ella el mundo estaría más seguro.

Para mi sorpresa, Álvaro levantó la mano con mi cartera y sonrió.

— Me la he jugado… Supuse que con lo cuadriculada que eres la dirección de

tu DNI estaría actualizada… Y quería devolvértela.

Solté una pequeña risita y, abatida, también me senté en el bordillo. Él deslizó la mano por detrás de mi espalda y yo me apoyé en su hombro. Estaba demasiado cansada para intentar resistir el impulso y apartarme de él.

— ¿Estás bien?

Sacudí la cabeza en señal de negación.

— Lo he dejado con Guillermo… No voy a casarme — confesé con un hilillo de voz.

— No sé qué decir… — me dijo con una sonrisa —, supongo que un "lo siento" sería mentir descaradamente.

— Pues miénteme.

— Lo siento — dijo entre dientes con una sonrisa.

Me sujetó la mano y comenzó a deslizar su dedo índice por la superficie de mi piel.

— Quiero tenerlo, Dani.

Levanté la cabeza y le miré fijamente. ¿Estaba hablando del bebé? ¿En serio? Sus ojos chispeaban, observándome con curiosidad, anhelo y… amor. No supe muy bien qué debía esperar de Álvaro, pero un "quiero tener al bebé" no era lo que había imaginado.

— No sé si es tuyo… — admití avergonzada.

Aquella situación era tan surrealista que me costaba hacerme a la idea de que yo fuera la protagonista de aquella historia. ¡Yo! ¡Daniela! Estaba a las dos de la madrugada sentada en un portal sin saber qué iba a ser de mi futuro…

— No importa — susurró, sujetando mi rostro entre sus manos con delicadeza. Me mordí en labio mientras sentía un cosquilleo revoloteando en mi estómago —, no necesito saberlo, Dani… Siempre has sido tú. No nos dimos la oportunidad que merecíamos.

— Ya sabes lo que dicen, las segundas partes nunca son buenas — conseguí murmurar con la voz temblorosa.

Él sonrió.
Álvaro… Álvaro. Suspiré. Álvaro y aquel maldito cosquilleo que solamente él sabía provocar en mí.

— No es una segunda parte, simplemente una continuación… — explicó — . Lo nuestro nunca tuvo final — dijo. Y tenía razón, nunca nos habíamos dicho adiós — . Vamos a tener a ese bebé, Daniela… Vamos a hacer algo grande… juntos.

Posó sus labios sobre los míos y, mientras me besaba, estuve convencida de que aquellos brazos y aquellos besos serían suficientes para sostenerme incluso en el fin del mundo.

20
9 meses después

Que no os intenten engañar.
Dar a luz es la peor experiencia del mundo: la más dolorosa y la más asquerosa. Que sí, que no digo que lo que viene después no sea precioso, pero… En el momento en el que estaba ahí, dolorida, empujando mientras estrujaba la mano de Álvaro — que por cierto, el blandengue de él también gritaba de dolor — y escuchaba a la loca de Lucía animarme como si estuviera en mitad de una maratón acercándome a la recta final, fue horrible. Sentía que me quería morir. ¿Cómo diablos nos las apañamos para sufrir semejante infierno y salir con vida? La verdad es que no tengo respuesta, pero sobreviví. Y cuando pusieron sobre mi pecho a mi precioso y diminuto Carlos el resto dejó de importante. Me olvidé del dolor, del sudor, de Álvaro y de Lucía. Solamente le veía a él, tan suave, tan pequeño e indefenso mientras lloraba y se aferraba con fuerza al dedo de su mamá. Yo… Yo que pensaba que un bebé tardaría muchísimo en llegar a mi vida, ahí estaba, sujetándole sobre mi pecho como si de forma instintiva supiera hacerlo correctamente. Y tenía la certeza absoluta de que aquel niño había sido lo más bonito que jamás me había pasado. Le besé la carita y olí su piel, intentando captar cada detalle de aquel instante para no olvidarlo jamás.

Había dejado atrás mi sueño de perseguir una vida idílica para centrarme en una vida real. Una vida en la que todo fuera de verdad, sin engaños, sin falsedades y sin apariencias. Según mi estado civil, estaba soltera. Lo que no ponía en esa casilla era que estaba locamente enamorada de un chico llamado Álvaro Gallardo. Me había comprado un pequeño pisito con él — en lugar de la mansión con la antes soñaba — y lo habíamos amueblado y reformado con humildad y cariño, esforzándonos y dedicándonos nosotros mismos a él.

Habíamos pintado las paredes y Álvaro había montado una preciosa habitación para nuestro hijo. Si os preguntáis si el bebé era suyo, en aquel entonces aún no lo sabíamos. El mismo día que di a luz se suponía que el hospital nos haría entrega de la prueba genética.
Yo, que había vivido bajo la sombra de mis padres, me había convertido en una mujer independiente que tomaba las decisiones por sí misma. Había dejado la empresa de mi padre y había empezado a trabajar en otra como gerente. No tenía un sueldo como el anterior, pero junto a lo que Álvaro sacaba trabajando en el taller de su padre ganábamos lo suficiente para vivir con dignidad. Más que eso, en realidad. Teníamos todo lo que nos hacía falta… Pero sobre todo nos sobraba amor.

Carlos dormía en la cuna, plácidamente, cuando una de las enfermeras irrumpió en la habitación para entregarnos el informe. Recuerdo perfectamente que Álvaro sujetó el sobre en silencio y se quedó mirándolo muy fijamente mientras yo me preguntaba si el resultado de aquella prueba modificaría en algo en mi perfecta y preciosa vida. Suspiré hondo y decidí que, pusiera lo que pusiese, debíamos enfrentarnos a la realidad de los hechos.

— Venga, ábrelo, que no puedo más con la intriga — apremió Lucia, acercándose a mi chico.

Él me miró, me sonrió con aquella maldita sonrisa que tan loca me volvía y después partió el sobre por la mitad.

— Creo que no necesito saberlo — dijo, tirándolo a la papelera.

Lucia, ojiplática, me lanzó una mirada de desesperación.

— Esto no puede terminar así, ¿lo sabes, verdad? ¡Necesito saber quién es el padre de la criatura o no podré dormir por las noches!

Álvaro se acercó hasta Lu y le dio un par de palmaditas en la espalda.

— El padre de la criatura es el que se va a marchar a por un par de cafés — la reprendió — , y si no dejas de ser tan pesada igual te castiga sin el tuyo.

Lu puso unos pucheritos de niña buena y le dedicó una sonrisa.
Después pasó lo que intuía que iba a pasar. En cuanto Álvaro se marchó por la

puerta, Lucía se tiró al suelo para recuperar el sobre de la papelera.

— ¡Suelta eso! — exclamé, enfadada.

Pero ella, feliz, abrió ambos papeles rotos y sonrió.

— ¿Te lo digo o no?

Yo negué rotundamente.

— Si él no quiere saberlo… Yo tampoco.

Lucía se mordió el labio, impaciente. Sabía muy bien que no iba a poder guardarse aquel secreto.

— Está bien… No diré quién es el padre — canturreó —. Pero que sepas que me parece muy injusto que todo esto vaya a quedar a la imaginación.

Mi querida amiga podía ser desesperante.
En ese instante, Carlitos comenzó a llorar y Lucía dejó los papeles para cogerlo en brazos y acunarlo. Me gustaba ver a mi casi hermana en aquel papel de tía. Sin duda, tanto Carlos como yo teníamos muchísima suerte por tenerla en nuestras vidas.

Álvaro regresó con los cafés justo cuando el pequeño, al fin, se calmaba. Mis ojos chispearon por la sorpresa; no venía solo, sino que venía acompañado de mi madre.

— ¿De qué estabais hablando para haber cabreado al bebé? — bromeó Álvaro con naturalidad antes de besarme en la frente.

Lu se quedó mirando a doña Leticia unos segundos sin saber muy bien si responder o no. Mi madre, que parecía totalmente fuera de lugar, se había quedado en una esquina del habitáculo como una espectadora. Sin decir nada. Sin saber muy bien siquiera dónde debía colocarse en aquella pequeña habitación de un hospital público.

— Pues verás… Le estaba comentando a Dani que este niño tiene genes de mecánico — explicó mi amiga guiñándome un ojo.

Doña Leticia debía de estar sobresaltada por aquella afirmación, pero no dijo

nada. Yo, en cambio, estaba radiante de felicidad. El papel indicaba un claro positivo de coincidencias genéticas.

Y en aquel preciso instante, sentí que el universo había planeado aquella vida para mí. Para salvarme de otro destino. Para salvarme de lo que mi familia me había mostrado desde que era una niña.

Porque, a fin de cuentas, todo había pasado… tal y como debía pasar.

— ¿Podría…? — comenzó mi madre, tanteando la mirada entre los tres como si tuviera miedo de lo que pudiéramos morderla — … ¿podría… conocer a mi nieto? — preguntó con la voz temblorosa.

Álvaro y yo, abrazados, asentimos con una sonrisa cómplice en los labios.

Por primera vez en mi vida había descubierto la verdadera felicidad.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga "Una noche":
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un "te quiero" por Navidad

Mi protector
  Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!
  ¡Cómo tú quieras!
  ¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magena
  Denahi
  Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani